

APOLO

Revista de Arte y Sociología

= = = De Pérez y Curis = = =

- - AÑO III - -

- - NÚM. 15 - -

Montevideo

Buenos Aires

Santiago de Chile

MAYO DE 1908

ANTONIO SIERRA

CIRUJANO DENTISTA

Consultas de 9 á 5

18 de Julio, 344

IMPRENTA Y
TIPOGRAFIA

LA RURAL

DE
EDUARDO RAMOS

Calle Florida números 84 y 92^a



Impresiones de todas clases:
diarios, revistas, folletos, notas,
tarjetas, etc.

El presente número de APOLÓ
se ha impreso en este antiguo y
acreditado establecimiento.



Teléf. La Uruguaya, 369 (Central)

MONTEVIDEO

GRAN
CAFÉ POLO BAMBA

DE
SEVERINO SAN ROMÁN
(Emperador de los Cafeteros)



Unica casa de confianza donde
se prepara el café á conciencia.

El más acreditado por gente de
exquisito paladar.

No tiene ni puede tener rival en
la región del Plata.



Plaza Independencia, 37 - - - - -
- - - - y Ciudadela 137 y 139

MONTEVIDEO

“La Alegría”

Avenida - FIAMBRES, DULCES, FRUTAS SECAS
18 de Julio - ESPECIALIDAD EN CHACINERÍA ESPA-
NOLA É ITALIANA — IMPORTACIÓN DE
N.º 340 - VINOS SELECTOS DE MESA Y POSTRE —
CIGARRILLOS HABANOS, CIGARRILLOS —
CONSERVAS DE TODAS CLASES - - - - -

G. A. PIURY & C.^a

Teléf. La Uruguaya, 162 (Cordón)

Obras de Perfecto López Campaña

PUBLICADAS

- Nervosismos • (Páginas y estudios).
- «Fanfarria de Prejuicios» (Crónicas, cuentos é ideas sueltas).

CONCLUIDAS

- «Desde el Patagonia» (Memorias íntimas de un aprendiz artillero).
- «Mar de Fondo» (Novela de ambiente).
- «En el jardín de las mentiras» (Cuentos).
- «Hacia el porvenir» (Drama en tres actos y en prosa).

EN PREPARACIÓN

Capítulo de Sociología Americana,
«El Uruguay» (Factores de evolución é involución)

Obras de Pérez y Curis

PUBLICADAS

- «La canción de las Crisálidas».
- «El poema de la Carne».
- Poesías.
- «Heliotropos» Poesías).
- «Rosa ígnea» (Cuentos).

EN PREPARACIÓN

- «Por jardines ajenos» (Páginas de Arte).
- «Alma de Idilio» Poema).
- «Albas sangrientas» (Poesías de combate).
- «La Ola» (Novela).
- «En el huerto de los besos» (Poesías).

APOLÓ

REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY,
LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

Edición económica	\$ 0.15	oro
» de lujo	» 0.20	»

Precio de este número, \$ 0.20 y 0.25 respectivamente



Administrador: LUIS PÉREZ (Alzáibar, 35)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —



Particulares é industriales

GRAN EXPOSICION DE ARTEFACTOS

Arañas, Brazos, Portátiles, Tulipas, etc.

Avenida 18 de Julio 65, esq. Convención

Los dos Teléfonos

APOLLO

REVISTA DE ARTE
- Y SOCIOLOGIA -

Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 15.

Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Mayo de 1908.

El 1.^o de Mayo

Periódicamente, todos los años, glorioso como una Buena Nueva, fúnebre como un recuerdo de sangre, vuela sobre la Tierra en frémito, el anuncio gigante del Primero de Mayo, el día augural de la Esperanza y de la Protesta libertaria.

Periódicamente, todos los años, al avecinarse la aurora excelsa, cargada de presagios, la sub-alma burguesa, agítase también, como un pavor y se llena de angustias, como una inmensa Desolación ante el presentimiento de lo Inevitable.

Y las tribunas del derecho insurgente, se elevan sobre las muchedumbres en tumulto, á manera de montañas de orgullos entre el estruendo de los oleajes atlánticos; y los entusiasmos plebeyos se amotinan de impaciencias en las plazas del pueblo, enardecidos por las paráboles harmoniosas de los Profetas, sacudidos por la voz prestigiosa de sus tribunos cuyos labios, llenos de sapiencias, van diciendo la Buena ventura del Ideal; y sueñan las almas con la Harmonía triunfante de los Himnistas revolucionarios que cantan el Aleluya de las Pascuas definitivas; y las banderas de púrpura y de sangre, enlutadas por el martirio plebeyo, agitan los aires, irguiendo sus astas soberbias, como pararrayos de la Idea, donde hubiesen venido á posarse como atraídos por una extraña potencia magnética, los rojores luminosos de la Alborada ausente; y hay en todas las multitudes expectantes una explosión de cóleras sublevadas, como si hubiese rozado la frente de los legionarios del tremendo Ensueño, el aletazo de la tormenta, la caricia conmovida del Arcángel rojo, mensajero de la magna Anunciación; y los corazones libertarios sobre toda la tierra estremecida, se agitan hondamente como badajos en conmoción que tocasen á gloria en las Vísperas del Supremo Devenir!

¡Oh! las alboradas de Mayo! ¡Quién cantase en estrofas de luz las gestas precursoras de esta gigante Iliada que comienza!

Profunda ha sido la Noche, profunda y siniestra sobre los pueblos en silencio y sobre el mundo en dolor.

Sólo á instantes, rompiérase el abrumante silencio, y era el clamor de los oprimidos que se concentraba en la exaltación rabiosa de una Protesta, lanzando á la faz de los amos la demanda urgente de sus aspiraciones de Vida, y era también el puño del Derecho ultrajado que se erguía en las sombras, fremeante como una amenaza.

Esa la Historia. Esa la vía dolorosa de la Libertad.

Esas las rebeliones del Pueblo, iras sublevadas que se volvían rayos, rayos que subían á los espacios para perpetuarse en la noche al hacerse estrellas y estrellas que pugnaban en vano por arrojar la Aurora decisiva sobre la Humanidad crucificada en el Dolor, abrumada bajo montañas de sombras.

Luego, otra vez la Noche... la Noche y el Silencio, escoltando á la Muerte.

Pero ya el Verbo hecho volcán ha lanzado á las alturas sus erupciones de auroras, y he aquí que las muchedumbres errantes, han hallado la estrella de Betlen de sus largos peregrinajes en las tinieblas. La práctica de la lucha, la nueva orientación científica de la Ideología revolucionaria, han concentrado toda su luz sobre el futuro abierto, alumbrando el camino de las conciencias en marcha hacia el Destino Revelado.

Y es así que las muchedumbres contemporáneas, aleccionadas de una larga experiencia, santificados sus ideales en el Jordán del martirio, han hecho su Evangelio del grito « Ni Dios ni Amo », lanzado á los oídos de los déspotas por la vieja Internacional, arrastrada en las tempestades tribunicias del verbo de Bakounine, el épico revolucionario cuya vida de Evangelio y de heroísmo, bastaría por sí sola para que el Numen de un moderno Homero, reconstruyera el monumento harmonioso de una Iliada.

La Revolución envuelve en su torbellino gigante las conciencias proletarias, que independizadas de su yugo inmenso, afirman la soberanía del hombre, frente á la omnipotencia sobrenatural predicada por las religiones y frente á la Autoridad terrena, preconizada por los pseudos pensadores burgueses.

La violencia represiva, aconsejada por todos los lacayos de la reacción, no ha hecho más que avivar las llamas de ese incendio colosal, que agigantado por los odios rebeldes, mantenido por el genio de los verdaderos pensadores, abanicado por las alas del lirismo rojo, amenaza envolver al mundo en la gigante conflagración de una Aurora Universal.

Y he aquí porque todos los años, las almas plebeyas, se envuelven en sus esperanzas como en un manto de fiesta y procesionan por las calles, en tumulto, entonando los himnos de rebeldía y de amor, cuyas notas exultantes como un Evohé, atraviesan por momentos á manera de dobles funerarios, el crujir estruendoso de aquellas Horcas que fueron pedestales del Sacrificio plebeyo en el drama de Chicago.

Las notas de la Internacional, llenas de intensas rebeldías exultan de las roncas voces proletarias que saben hacerse suaves como una caricia, glorificando el sueño del porvenir, cunándose en la infinita Esperanza. Y el himno rojo, tronante y enorme como una pamperada de entusiasmos excelsos, corre por toda la Tierra de fiesta, saludando el gran advenimiento, como si el alma colectiva, vistiéndose de pontifical, levantase en las misas promisorias de la Libertad, el cáliz eucarístico del Supremo Amor.

El 1.^o de Mayo canta las glorias pascuales del Derecho y rememora la epopeya de los heroismos libertarios, á la falange universal de los hijos del Pueblo, de esa « grande famille des malheureux » que dijera en parábolas de luz la « Virgen Roja », la sublime Verónica de todos los Cristos revolucionarios, que fué de mundo en mundo, en exilio perpetuo, repartiendo entre todos los oprimidos de la tierra sus amores santos y sus visiones luminosas, como si fuese el alma misma de la Revolución hecha ternura y el Símbolo mismo de la Justicia, hecho mujer.

El 1.^o de Mayo es el Rey mago que trae del Oriente su mensaje supremo, llevando en sus alforjas una divina carga de esperanzas.

El 1.^o de Mayo canta el Peana de Gloria de todas las vindicaciones resurrexas, como también el toque de rebato de las iras en tumulto, que viene desde el fondo de los Tiempos, á sacudir las conciencias proletarias como campana de alarma y de triunfo.

Himno de guerra y de amor, que hace levantar las frentes abatidas en una prolongada reverencia claudicante, y hace levantar los corazones como cráteres de sangre en el brindis auspiciario.

Himno de guerra y de amor que empieza atronando los aires como un presagio de ruina en la imprecación sublime de un Isaías, y concluirá mañana arrullando idílicos amores en la gloria plenisolar de la «Ciudad de la Luz» como una égloga de Virgilio.

Y es así como las muchedumbres irredentas se unen en las Pascuas de Mayo, como una gran cadena de corazones, y marchan en fiesta, hacia el Levante magnífico, donde el Sol de los últimos desig-
nios, semeja sobre la Tierra coronada de rayos, la mano bendecidora de una madre sobre la cabeza blonda de un niño que tejiese idilios de estrellas en el sueño apacible de su cuna.

ANGEL FALCO.

Oda á la Belleza

Oh Belleza, que tú seas bendita,
Ya que eres absolutamente pura.
Ya que eres inviolada,
Limpida, firme, sana é impoluta,
Fuente de la divina complacencia,
Oasis infinito
Que sugieres los éxtasis beatos
Y las románticas contemplaciones...

Adonde quiera que tu signo luzea,
Adonde quiera que la esencia encarnes,
Fluye de tí, maravillosamente,
Una gloria serena y luminosa,
Una fruición profunda é inefable...

Eres el cauce pródigo
Surtidor de armonía;
Crisol de místicas depuraciones,
La veta que colora y que sublima

El eterno miraje;
Eres la gema augusta
Prendida sobre el arca
Fértil del Universo.

Aunque el ciego te ignore,
El profano te niegue
Y el infiel te repudie,
Eres perfectamente triunfadora
Sobre la indiferencia de los necios
Y la conjuración de los apóstatas...

Aunque los pecadores
Te inculpén sus pecados
Y te acusen los réprobos
De atributos malditos,
Eres immaculada é inocente:
No te corrompes con la hiel del odio
Ni la ponzoña del amor sacrílego.

Eres inaccesible,
Eres pasiva, sola,
Sencilla y sobrehumana...
No inspiras, no padeces
El prosaismo vil de la materia
Ni la sensible turbación del alma.

Entre todos los acontecimientos,
Evoluciones, mitos y teorías,
Entre la suficiencia que te alaba
Y la interpretación que te traiciona,
Entre todas las fuerzas,
Entre todos los tiempos,
Entre todas las cosas,
Tú te levantas religiosamente
Dentro la urna dúcil de tu forma
Como en la alada prez del incensario
La innumidad de la sagrada hostia.

Oh Belleza, que tú seas bendita,
Más la sabia legión de tus apóstoles;
La entraña que te crea,
El sol que te ilumina,
El prisma que te agranda,
La plancha que te copia,
El aureo pedestal que te enaltece
Y el soberano lis que te corona!

Por eso sobre el plinto de tu imagen,
Sobre la majestad de tu hermosura,
Sobre el fulgor joyante de tus iris,
Sobre la egregia línea de tus curvas,
Pongo la rendición del canto mío
A tu gracia inmortal loa fecunda.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.



De Vargas Vila

Las fiestas de Cervantes llegaban á su fin ;

el cansancio ganaba todos los espíritus ;

el fracaso ruidoso de aquel certamen de admiradores y el abuso estruendoso y cruel de todas las formas de la oratoria, más ó menos exóticas, habían predisputado los ánimos contra el uso de la palabra hablada ;

una semana de festejos quasi todos orales y didácticos, habían agotado el tema y la paciencia en los cerebros y en las almas, aún de los cervantistas más apasionados ;

de Menéndez Pelayo, en la Academia, á Navarro Ledesma, en el Ateneo, el ciclo de la oratoria apotética parecía definitivamente cerrado ;

la fuente de la erudición se había agotado, después de correr, casi siempre sin ventura por entre los guijarros de todas las mentes clásicas más ó menos rudamente infecundas ;

Vargas Vila, que había visto todo esto, se había mantenido — á pesar de tener la representación de un país amigo — voluntaria y sistemáticamente apartado de ese turbión oratorio, que asumía el formidable clamor de una avalancha .

esa victoria del silencio, fué efímera ;

el contagio de la hora, lo tocó al fin :

instado á hablar, en el Paraninfo de la Universidad Central, de Madrid, en la fiesta oficial, que clausuraba la celebración del Centenario, no p'ndo excusarse, no dev'no hacerlo ; y, accedió á decir en ella, unas palabras ;

aquellos que lo habían oido en el Ateneo de Madrid, la noche del 28 de Marzo, deseaban con inmenso empeño volver á oírlo, y los que no lo habían escuchado nunca, atraídos por el eco de aquel discurso, deseaban escucharlo ;

sin tiempo ni voluntad para ha-

cer una verdadera pieza oratoria sin amor al tema; sin pasión por la clásica leyenda, que no decía nada á su alma roja, de combate rudo ; sin entusiasmo por la infecundidad de las glorias orales, que no significan nada para la Libertad, ni dejan otra huella que el eco de un fracaso, fué allí, sin emoción, sin devoción, al frío cumplimiento de un deber quasi ornamental, dispuesto á decir cuatro frases, que por su cortedad evitarán el ridículo, que ya empezaba á cernirse sobre los discursos aparatosos, algunos de los cuales, veía él, venir ya, con la mole hojosa y amenazante, de un pedazo de bosque descuajado ;

y no pensó sino en decir algo, que fuera, como la nota artística y nueva, en la avalancha de dicción antigua y el follaje pintoresco que los conservadores de la vieja oratoria americana, no faltarían en exhibir allí, al lado de las vetustas ánforas donde espumeara el viejo vino de la elocuencia española, bella aún, en su sonora caducidad ; y, así fué.

El espectáculo era imponente ; presidía el ministro de Estado, en representación de S M. el Rey ;

tenía á su derecha al Nuncio del Papa, y á su izquierda el Rector de la Universidad y la señora Pardo Bazán ;

en el estrado, estaba el Cuerpo Diplomático de la América Latina, muchos ministros y ex-ministros de la Corona ; altos funcionarios civiles y militares ; los presidentes del Parlamento ; senadores, diputados, generales, académicos, escritores, artistas, periodistas . . .

y, un escogido número de damas ; llamado á la tribuna, Vargas Vila, ascendió á ella ;

un rumor de aplausos, estruendosos saludó su aparición ;

¿ de dónde aquél rumor de simpatía y admiración, al orador extraño y lejano, al solitario cuyo alto des-

dén, rechaza cultivar las flores enfermizas de la popularidad y del reclamo?

Vargas Vila se inclinó ante el aplauso, y las siguientes *Palabras* fueron dichas:

**Palabras dichas
por Vargas Vila**

en el *Paraninfo de la Universidad Central de Madrid*, el 15 de Mayo de 1905, en la sesión solemne, celebrada para clausurar las fiestas del tercer Centenario de la aparición del Quijote:

Señor ministro, señoras, señores:

puesto que la junta directiva de esta Asociación me ha instado para decir en esta fiesta unas palabras, vengo á decirlas;

no haré un discurso; el tiempo y la materia están ya agotados;

en una fiesta hispano-americana, se impone, por lógico, que, los que americanos somos, vengamos aquí á hacer constar, como, el corazón de América, late unísono con el corazón de España en esta apoteosis del Genio Nacional; nuestra presencia aquí lo corrobora; nuestra palabra viene á afirmarlo;

la América ama á Cervantes;

su asombrosa y épica creación le es familiar;

el Caballero de la Triste Figura, ha prolongado su viaje más allá, mucho más allá, de las llanuras polvorrientas de la Mancha;

Don Quijote ha viajado por América, viaja aún allí;

todos le hemos visto, lanza en mano, adarga al brazo, caballero en su rocín, recorrer el silencio de nuestras selvas, mirarse melancólico en el cristal de nuestros ríos, ascender nuestras cuestas agrietadas, para perfilar, desde las cimas, su silueta angulosa, sobre los valles pensativos;

su locura nos ha encantado y nos ha contagiado á todos;

y todos hemos saludado con respeto, esa alta y noble figura, idealizada de heroísmo y castidad;

su grandiosa y conmovedora epopeya, es todo el poema de la vida

humana; esa divina tragi-comedia, es la verdadera divina comedia de la vida;

y porque Cervantes no escribió un libro, sino *el libro*; porque no pintó el alma española, sino el alma humana; porque no retrató un hombre, sino el hombre; porque no contó una vida, sino cantó la vida; por eso, aquella Biblia del Dolor Heroico, es universal;

todos lo amamos;

y en América, pueblos de idealidad y quijotismos agudos, donde vivimos en eterna vela de nuestras armas, y en culto perpetuo de la guerra, amamos á Don Quijote, porque es á nuestras almas béticas la más genuina representación del heroísmo; pero del heroísmo auténtico; de ese heroísmo, desequilibrado y visionario, que lleva sobre el casco, amellado por todas las derrotas, un divino rayo de ideal;

la heroicidad que razona, es la vanidad que obra;

sólo en el seno ilícido de la divina demencia, es que el hombre adquiere la talla portentosa de los héroes, ó la silueta enorme de los mártires;

todo gesto heroico, es extrahumano;

todo sacrificio, es la demencia; la locura, es una vía láctea, cuajada de soles;

el zodiaco de la inmortalidad, está hecho de dementes;

ellos alumbran, como un sol compasivo, el rebaño inacabable de los hombres normales, y se vengan dejandoles la razón; ellos, se llevan el Genio;

los espíritus equilibrados, ni sienten, ni comprenden la divina neurosis;

la odian: su insulto al Genio, tiene eso de inocente, que es inconsciente;

la primera condición del Genio, es no ser comprendido; la segunda, es ser insultado;

la popularidad, es el lote y el distintivo de la mediocridad;

los genios, no son populares; son, orgánicamente, antipáticos á la muchedumbre;

el Genio y la multitud, son rivales ;

los genios, no van en tropel, como los cerdos, como las ovejas .

los genios viven solos, van solos, como los leones, como las águilas ; el desierto es su apoteosis, la soledad es su aureola ;

la gloria del Genio, es ser lapidado ; su castigo sería, ser olvidado ;

el Destino, no castiga al Genio ; sólo castiga á los pueblos que no saben admirarlo ;

el Genio, no es el sentido común, es su antípoda ;

el Genio, es el visionario anormal; el Genio es Don Quijote ;

El Sentido comun, es la mentalidad equilibrada, la mediocridad razonadora y normal ; el vientre que razona ; es, Sancho Panza ; el Alfa y el Omega de la intelectualidad ; los dos polos inmóviles del espíritu humano ;

el Sentido común, también escribe... y, á veces, mucho ;

pero, sólo el Genio hace obras ; obras inmortales ;

nosotros, en América, amamos el Genio y lo honramos ;

amamos á Cervantes, el Manco inmortal ;

amamos á Don Quijote, el Loco inmortal ;

pueblos de rebelión y de heroísmo, nosotros amamos á Don Quijote porque representa, á nuestros ojos, la más alta, la más noble, la más excelsa de las virtudes humanas ; la santa virtud del entusiasmo ;

fuerá del entusiasmo, la vida es un marasmo ;

¡desconfiad de los pueblos y de los nombres sin entusiasmo ! ellos son pueblos y hombres sin grandeza ; allí donde el entusiasmo es condenado, tened por seguro que el heroísmo es burlado ;

¡despreciad las almas y los pueblos que rién de los gestos heroicos ! ellos han perdido el respeto noble de la gloria ; allí donde la burla tiene su imperio, es porque lo sublime ha perdido el suyo ; el pueblo que llega á reir de las cosas heroicas, es un pueblo destinado á

desaparecer entre las risas de los otros ;

¡tened piedad de la hora en que la risa impera ! ¡allí donde la risa reina, la catástrofe germina ! los pueblos sin heroísmo mueren riendo, con un rictus de risa triste en los labios, como el de aquellos que mueren bajo la nieve ;

he ahí por qué yo bendigo la hora actual ; esta hora en que se glorifican el Genio y la Locura ;

¡España, ama aún la idealidad ! ¡España, ama aún los gestos heroicos ! esta apoteosis del Quijote lo demuestra ;

España, ama aún el entusiasmo ; España, ama aún el heroísmo ; bendita España ! el pueblo que glorifica el entusiasmo, es aún capaz de sentirlo ; el pueblo que dignifica el heroísmo, es aún capaz de imitarlo ;

coronar la Gloria, es la manera más alta de mostrarse digno de ella ;

un pueblo que renuncia al heroísmo, es un guerrero muerto bajo el escudo, cuando no es un esclavo muerto bajo el azote ;

cuando un pueblo llega á creer que el entusiasmo es demencia, y lo proscribe, ese pueblo ha recobrado la razón ;

y cuando Don Quijote recobra la razón, no le queda otro camino que morir.

—
esas palabras, varias veces, interrumpidas por la admiración, fueron al fin cubiertas por una salva estrepitosa de aplausos ..

Vargas Vila, se inclinó para aspirar el perfume de esa flor extraña, y colocó la pálida orquídea sobre su corazón ..

y, sintió la nostalgia desesperada de sus grandes horas tribunicias, de sus recios discursos de combate, del perfume cautivador de las grandes rosas rojas del insulto, cayendo como dardos sobre el acero recio de su escudo .

y, como en un caracol marino, sonaron en su memoria los ecos de las tormentas lejanas ...

el aplauso es un rumor, la admiración es un miraje ;

nada vale en la vida lo que una tormenta de odios, lo que una hora de lucha y de peligro.

la poesía del triunfo es tediosa. . .
no hay poesía verdadera sino la poesía inquietante de la lucha.

fuerá de ella la vida es un marasmo; no vale la pena de vivirse;
la peor tristeza de la vida, debe ser triunfar;

la peor desolación, sobrevivirse á su poema;

no hay para las almas de lucha, sino un himno enaltecedor; el del insulto;

una apoteosis real; la del escarnio;

una inmortalidad; la del dolor; eso es vivir...

Pargas Hila



De "Elegias Dulces"

Para APOLIO.

Pobres lágrimas más las que glisan
A la esponja sombría del Misterio,
Sin que abra en flor como una copa cárdena
Tu dolorosa boca de sediento!

Pobre mi corazón que se desangra
Como clepsidra trágica en silencio,
Sin el milagro de inefables bálsamos
En las vendas tremantes de tus dedos!

Pobre mi alma tuyá acurrucada
En el pórtico en ruinas del Recuerdo,
Esperando de espaldas á la Vida
Que acaso un día retroceda el Tiempo! . .

DELMIRA AGUSTINI.

Está bien!

para "Cipolo"

Porque contemplo aún albas radiosas
en que tiembla el lucero de Belén,
y hay rosas... muchas rosas, ¡muchas rosas!
¡Gracias!, está bien!

Porque en las tardes, con su fino rayo,
pidosamente besa el sol mi bien
y aún la transfigura con su rayo,
¡Gracias, está bien!

Porque en las noches una voz me nombra
(¡Voz de quien yo me sé!) y hay un ser
escondido en los pliegues de mi sombra,
¡Gracias, está bien!

Porque hasta el mal en mí bromea el cielo,
pues que al mirarme, va con vueltas celo
desmoronando mi juventud también;
porque se acerca ya mi primer vuelo,
¡Gracias, está bien!

Carmelo Neiva



VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



MIGUEL LUIS ROCUANT

Con rumbo hacia alta mar

» A bordo del "Lioa"

A Vicente Blasco Ibáñez.

Para Apolo.

¿Adónde va mi senda sobre el abismo? Pienso en la hondura del agua, i me quedo suspenso... Van pasando las olas azules, espumantes, rasgadas por la proa; clarean los distantes confines solitarios, i oscilan los cañones enormes del *steamer*, por bajo los bullones de las nubes altísimas. El aire desmelena los penachos del humo.

¿Llegaré?

La cadena que va al timón chirría; i por entre los ralos cordajes distendidos que sujetan los palos, diviso la ribera. En lo azul se destaca la línea de los cerros, se encoje la resaca dejando las espumas en la arena, i perdido en lo inmenso del agua i del cielo tendido sobre todos los límites, lentamente desplego mis alas invisibles, i soñando me entrego al viento de la hora,

El sol desciende, pasa

la línea de occidente, i su fulgor abraza
por debajo la comba de las nubes. La orilla
de cada pliegue blanco ó ceniciente, brilla
con un tono de púrpura que suavemente deja
caer sus bermellones sobre el agua azuleja.
El mar, sangrando, se hincha, i hasta donde se pierde
no se divisa un rasgo ni azulado, ni verde:
todo es luz escarlata! ¿Qué recuerdo lo ajita?
¿Qué remueve los antros de sus aguas? ¿Qué excita
sus tranquilas honduras á sentir el arrojo
con que cruza los aires este momento rojo?
Es tan humano el ritmo del latido que impulsa
el avance del agua purpurada i convulsa,
que me turbo, i mis ojos, en el laxo ó erecto
erguirse de las olas, ven latir, resurrecto,
el haz de corazones caídos á este abismo
en los vértigos locos de pasión ó heroísmo!
¡Cómo tiemblan algunos! ¡Cómo pasan aquellos
de ritmo doloroso! ¡Cómo este grupo deja
el lánguido recuerdo de una estela bermeja,
en tanto aquel se encumbra, se crispa, se revuelve,
se detiene espumando, i á sus ímpetus vuelve
como quien siente el ansia de alcanzar la ilusoria
majestad que prometen los lauros de la gloria!
Por aquí van algunos rodando adonde quiera
llevarlos el capricho de algún viento cualquiera;
i por allá, siguiendo sendas desconocidas,
como un revuelto grupo de hojas secas caídas
en el oscuro otoño de la pasión, van esos
que no sintieron nunca el calor de los besos
de que soñaron; todos los que el postrer suspiro
barrió como un puñado de cenizas...

Aspiro

la esencia del paisaje visionario. Me lleva,
me arrebata el prodigio. El oleaje se eleva
con luminosa insania de heroicidad, con brios
que yo siento en mi sangre como si fueran míos;
es un algo de gloria i de sombra que enlazan
sus rosas i sus lágrimas i nuevamente pasan
camino de la nada: es vértigo que sueña
con alzarse del limo, i oscila i se despeña;
es el himno grandioso que en la flor es perfume
i destello en el astro, el himno que consume
las fuerzas interiores de todo sér; es llama
que en su floral instante, por algo eterno clama!
¡Oh los verdes laureles! Oh la inútil porfía
de todo lo que sube soñando todavía!
¿Qué me quiere esta hora? ¿A qué estas remembranzas
de sueños extinguidos i muertas esperanzas?
¿De todos los altivos corazones que en vano

lucharon, i cayeron como cae el oceáno
que en su rodar constante, febril sobre si mismo
no avanza i se revuelve sobre su propio abismo?

Cambia la luz, se amengua. Ya se va la locura
carmesí de las olas; ya la inmensa llanura
se tiñe de esperanza. Es el viento un suspiro.
Hai, sobre el verde, tonos de pálido zafiro
que se indican i mueren con un temblor. Se apagan.
los largos horizontes; confusamente vagan
las nubes cenicientas, algo de luz tijita
todavía en la seda de las aguas, palpita,
á lo lejos, rasgando la claridad dudosa,
una gaviota inquieta como una mariposa,
i el paisaje se borra, se pierde, se hace fluido
para rodar con todos sus sueños al olvido.

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Santiago de Chile.



Nuestros contemporáneos en su casa



VERHAEREN

Historia de ensueños y de amores...

A Ocidio Fernández Ríos.

Para APOLÓ

Envío.

René, virgencita triste de los jardines abandonados entre los caminos del suburbio: han venido hasta mí volando en el alma viajera del viento, el eco gemebundo de tus lamentaciones, los inconsolables suspiros de tu primer pena de amor. Si, mi buena y dulce pequeñía, tierna y perfumada como los pétalos en flor. He sentido á través de nuestras ausencias, tu agonía solitaria y doliente, por maleficio de un ensueño que se ha quebrado en tu alma y te ha desvanecido el primer encanto y la primera fe

No llores más. Sé de tu romanza sin palabras y sé de tus veinte primaveras. Con el piadoso amor de mi amor que te alaba, te diré la canción que tú no sabes y el idilio que ya no ves porque tus ojos están llenos de tus lágrimas.

Ven, virgencita. Oyeme junto á los labios, que manan para tí el bálsamo del recuerdo. Ven, mi buena y dulce pequeñía. Te evocaré los pasados encantamientos, y con ellos tornarán otra vez á tu nido abandonado, las amadas, las suaves, las dulces golondrinas.

Tú lo habías imaginado sobrenatural, maravilloso de bellezas y de dones, armonioso y suave como el Apolo de los mármoles, florecido del regazo de Venus Anadiomena, madre virgin infinita, alma fuente de la suprema belleza. Tú lo creaste en el éxtasis de un sueño, y por eso era magnífico y hechicero como un sueño. Bajo el augusto reposo de sus párpados, sus ojos maravillosos fluían dulce dulcedumbre de miel. En sus labios palpitaban los besos desconocidos, y en todo el ritmo de las formas nuevas, ardía como un fuego sagrado, el alma eterna de la vida.

Y milagro de la fecunda madre que elabora desde el fondo omnipotente de su reino las formas y las almas, las armonías y las sensacio-

nes, tu amado surgió del misterio de tu ensueño, y se hizo tangible y palpitante, viajero hacia tí, peregrino para tus adoraciones y tus encantamientos. ¿ Recuerdas la primera vez? « Beata señora nuestra de los dones y de las felicidades, dijiste como un rezó, de rodillas, besando con tus labios las palabras. Vayan á la gloria de tu alabanza infinita mis cariños rebosantes, y sea mi ternura de gracias, el sacrificio de mi ser por tus dispensaciones. Mi alma va en mis palabras para besarte, tú que vives en la esencia invisible de las cosas, cantando tu triunfo en las auras que pasan, en el espíritu de las savias, y en la fiesta perfumada de los colores. Adoraré en mis amores tus magnificencias. Glorificaré con la caricia dilecta de mis labios y mis manos sabias para el deleite, tu maravilla de madre pródiga é inmaculada. Tuya soy, beata, bien aventurada, bendita madre Naturaleza. Tuya soy, beata madre, tuya porque tienes mi felicidad suspensa de tus manos manantiales de juventud eterna, vasos gemelos surgentes de la hidromiel del amor. »

¿ Recuerdas, mi pequeñía? La oración musitada con el alma en los labios, fué tu bautismo de fe para tus vendimias y tus peregrinaciones por el huerto agridulce de las incesantes pasiones.

Llegó hasta tí por fin el encanto hecho carne, la forma florida ensionada por tus éxtasis, el amado tuyoo esperado y prometido. De hinojos te habló. Vencida le escuchaste. El decía tanto de tí con las palmas de sus manos como con sus palabras. Loaban á un ritmo su sangre nueva brotada del flanco de Venus Anadiomena, y su espíritu sereno y melodioso que se encendía en las asechas dulces de tus ojos. Fueron sus palabras:

« Eres extraña y adorable; eres

una desconocida que signada para los grandes destinos, signada para mí que te buscaba, no tenías la interpretación sencilla de las bellezas vulgares y de las vírgenes alabadas en los falsos pedestales de los salones. La jadeante y ansiosa caravana de los peregrinos del amor en búsqueda, no supieron de tí porque no pudieron identificar el ritmo de sus corazones á tu corazón, ni sus laudaciones espirituales á la par de tus glorias esenciales y divinas. Eras sola en el ser, sola en la forma pura, sola en la vida desesperante de las monótonas igualdades, de los uniformes deseos y los uniformes aientos. Yo te buscaba, imagen extraña y adorable, para amarte más allá de las simples vibraciones, más allá de los fuegos ardientes que consumen sin intensidades; yo te buscaba para encender lentamente, bajo la honda sabiduría de las manos que acarician, en los silencios eternos de dos bocas unidas, esa inconsúmible llama de amor que lleva por hiperbóreos laberintos de deliquio, á los paraíso desconocidos que tienen senderos y penumbras á la muerte.

« Así te deseo yo. Así te imaginó el ánima de mi amor para mis adoraciones. Tu cuerpo ligero como un lirio, tiene de su alba pureza y de su sensitivo temblor á la caricia. En tus ojos tranquilos de agua mansa, se inmovilizan en suaves reposos los paisajes azules del cielo, como cielos encantados. Tus labios menudos y breves, son dos rasgos de sangre virgen sobre la pálida transparencia de tu piel de seda. Bordes sagrados de la fuente intocada de tu boca, beberé en ellos en supremos sabores, el agua milagrosa que transporta á la vida inmortal. Tus mejillas de suave langüidez de madona, se encienden á mis palabras como rosas abiertas. En tus manos exangües de marfil, diáfanas como manos místicas, hay una santidad pagana que bendice cuando acaricias. Tienes la belleza virtuosa, la impecable belleza de las mujeres que en la gloria espiritual del ritmo, se desvanecen de la carne hacia la

fluidez incorporea del ensueño imaginado. Tú no eres una vida, eres una creación cerebral como los dioses de las estatuas, un pensamiento supremo prendido en una forma visible, una armonía divina immortalizada en un vaso de amor. Amada mía, yo pongo mi alma en tus labios como una ofrenda á tí, yo exhalo mi aliento vivificado por los orígenes propicios de la madre Anadiomena, y pido tu dispensación de vírgen y de diosa, para desvanecer sobre tu boca mi esencia y mi ser como el hálito de un suspiro... »

Besó el magnífico amado la sangre húmeda de tus labios, ¿recuerdas, oh mi buena y dulce pequeña?, y al despertar tu alma del éxtasis, te encontraste sola con tu primera lágrima. Parecía que el viento, celoso y alado viajero, había huido con él hacia el infinito, fuera de lo tangible, más allá de las visiones humanas

A solas con el recuerdo, abandonada con una extraña flor de fuego que te abrasaba el corazón, sentiste en las fuentes serenas de tu alma, el primer veneno de la angustia. Y nació como un alivio, y nació como un envío al ensueño, tu primer suspiro. Y bálsamo generoso y fiel más que la vida, brotó de tu congoja la fuerza redentora de la esperanza. Vinieron días eternos de doloroso alentar. La diosa Levana, madre de los dolores, te enviaba envueltas en sus crespones melancólicos, á sus tres hijas Nuestras Señoras de las Tristezas.

Esperaste en vano por las tardes, en las penumbras desvanecentes de los ocasos, la resurrección de tu ensueño viajero. Tus ojos mordidos por el llanto, ahondaron las vaguedades de los horizontes, y perfilaron con el deseo las formas desdibujadas en los claroscuros de la agonía del sol. Fuiste creyente y tuviste súplicas para todas las vírgenes milagrosas. Creíste en el oróscopo y hablaste con las hadas. Por las noches leiste tu destino en las estrellas y á las estrellas les imploraste la buena nueva. Acurrucada en las sombras inmóviles

esperaste temblando el nacimiento blanco de la flor de la noche, para descifrar en sus pétalos el sortilegio de tu suerte. Y las hadas, y las vírgenes, y las estrellas, ninguna supieron decirte el augurio. Solitaria con tu pena, tu alma, á cuestas con tu corazón moribundo, lloraba por todos los caminos de tus ilusiones, pidiendo piedad y bálsamo de amores. El ensueño se había roto, y su muerte te daba la muerte. Lloraste con los ojos abiertos, á la desesperada, buscando á través de tus lágrimas prismadas en tus pupilas, el maravilloso y encantado

castillo que guardaba vencido y prisionero, como en los cuentos azules de la abuela, al gallardo y tierno mancebo de las adoraciones...

Yo que sé de tu agonía inconsolable, yo que conozco los muertos idílicos y los pasados encantamientos, yo que te he sentido florecer al amor de tu ensueño entre los cármenes del suburbio, te envío este mi romance de ensueños y de amores, para que te lleve un minuto siquiera en la vida, esa dulce agua de salud que solo brota del recuerdo...

MANUEL MEDINA BETANCORT.

Les Cydalises

Où sont nos amoureuses ?
Elles sont au tombeau ;
Elles sont plus heureuses,
Dans un séjour plus beau !

Elles sont près des anges,
Dans le fond du ciel bleu,
Et chantent les louanges
De la mère de Dieu !

O blanche fiancée !
O jeune vierge en fleur !
Amante délaissée,
Que flétrit la douleur !

L'éternité profonde
Souriait dans vos yeux...
Flambeaux éteints du monde,
Rallumez-vous aux cieux !

GÉRARD DE NERVAL.

La estrella de oro

Para Apolo.

Para que de tus victorias hermosísimas te ufanes,
Como ante una eruz salvaje, los Boyardos y Esplandianos
Su amor júrante invocando la áurea eruz de su tizona ;
Que en los dramas de sus pechos eres tú la prima - dona.
¡Quién te vieše timonera de la concha en que Citeres
Navegó sobre la espuma de color de rosa !... Tú eres
La onda clara de la vida que algún Paraíso mana...
Tu extendida cabellera, como insignia capitana,
Venga al mástil de mi barco... .

¡Sople el viento sobre ella,
Y sus flecos serán como rayos de oro de una estrella !

GUZMÁN PAPINI.

Cleopatra

Para APOLÓ,

Al poeta y diplomático doctor Darío Galván.

El busto inflado por sensual suspiro,
Cleopatra, toda plena de joyeles,
Espasma, adormecida sobre pieles;
Sus carnes con reflejos de zafiro.

Piensa en Antonio, el bético triunviro,
Manso y feble á sus piés cual sus lebreles,
Hoy muerto entre engañosos oropeles,
Y ríe con sus labios de vampiro.

Y, tal cual una víbora irritada,
En su lecho, friolenta y excitada,
Se estremece con gesto voluptuoso,

Presentando triunfal, como un escudo,
A un famélico áspid ponzoñoso
Su cuerpo de marfil todo desnudo.

PABLO MINELLI GONZÁLEZ.

Buenos Aires, 1903.



Nuestros contemporáneos en su casa



SARAH BERNHARD

Tributo al mar

Para APOLO.

Llena de soñadores,
la temeraria nave
cruza el inmenso mar omnipotente
que puede aniquilarla...
Llena de soñadores que partieron
en busca de las tierras
de promisión... ó acaso,
guiados de una estrella resplandeciente,
en busca de otro mundo
que cual nuevo Mesías
alborea en un fausto nacimiento...

Como una leve pluma
surca la nave el mar embravecido
á través del inmenso
desierto del Atlántico,
y cuando cruza el Trópico,
en unas horas negras de la noche,
abordo, en holocausto
al mar omnipotente,
la fiebre corta como flor de un tallo
la vida de una niña.

.

En su marcha un instante se detiene
y al mar la nave su tributo paga:
cae la flor al mar, y el mar sonríe
en un bello crepúsculo...
¡Sigue su rumbo la atrevida nave
llena de soñadores melancólicos!...

VICENTE MEDINA.

FELIPE TRIGO



Es de los consagrados. Su labor vasta y proficia de novelador pujante lo ha colocado en un puesto de avanzada en la falange intelectual contemporánea.

Ha publicado: LAS INGENUAS, LA SED DE AMAR, ALMA EN LOS LABIOS, DEL FRÍO AL FUEGO, LA ALTÍSIMA, REVELADORAS, LA BRUTA, SOCIALISMO INDIVIDUALISTA Y EL AMOR EN LA VIDA Y EN LOS LIBROS, y ya ha dado á las cajas una nueva novela intitulada: LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA.

Para "Apolo..

Fumando un cigarrillo

Cuando asoma tu senorillo
perfil de "bella durmiente",
en la espiral indolente
del humo de un cigarrillo
y toma cuerpo en la gris
obscuridad del fumar,
tu silueta familiar
de amazona de París,
siempre riendo una impresión
de coquicia y de flaqueza
que abre un aura de tristeza

dentro de mi corazón,
que nunca fui mas feliz
que cuando tuve por bienes
tus caprichos, tus desdones,
tu inconstancia y tu desliz...

Por eso es que prisionero
del crepúsculo que espira

recordando la mentira
de tu corazón viajero,
evoco en el resplandor
del humo que fue su cubilén
el quimérico poema
de muerto sueño de amores.

Mármel Ugarte

En la soledad

Para APOLLO.

C'est chose bien commune,
De soupirer pour une,
Blonde, châtaigne ou brune,
Maîtresse ;
Lorsque blonde ou châtaigne,
Ou brune, ou l'a sans peine,
Moi, j'aime la Lointaine
Princesse.

EDMOND ROSTAND.

Hace tiempo que estamos muy lejos,
Soy vasallo de intensas nostalgias ;
¡En Provenza sufria Teobaldo
Por la hermosa Princesa Lejana !

Te soy fiel, sin cesar te recuerdo,
Sin cesar tu belleza me encanta ;
¡Nada influía de Laura la ausencia,
En la ardiente pasión de Petrarcha !

De mañana despierto impaciente,
Por saber lo que dicen tus cartas ;
¡Se levanta temprano el viajero,
Cuando próxima se halla la Patria !

A la playa sonriente de otrora,
Hoy la veo con triste mirada ;
¡Al quedarce sin Luna los lagos
Se interrumpen sus bellas romananzas !

Hoy las olas parecen sollozos,
Antes eran un himno entusiasta ;
¡Terminado el combate el herido,
Con las quejas reemplaza á fanfarrias !

Yo quisiera partir para verte,
Para oír á tu voz delicada ;
¡Cuando llega la Noche, las flores
Desearán muy pronto, la nueva mañana !

Paso el día recluido cual monje,
Con angustos silencios que cantan . . .
¡En los templos que están sin rumores,
Los cirios murmurran, sonoras plegarias !

Con las notas de estrofas dolientes,
Enviaré mil perfumes á tu alma ;
¡Con las páginas magnas de « El Fuego »,
Recibe Venecia, la luz danunziana !

Te soy fiel, sin cesar te recuerdo,
Sin cesar tu belleza me encanta ;
¡Nada influía de Laura la ausencia,
En la ardiente pasión de Petrarcha !

Hace tiempo que estamos muy lejos,
Soy vasallo de intensas nostalgias ;
¡En Provenza sufria Teobaldo,
Por la hermosa Princesa Lejana !

JULIO RAÚL MENDILAHARU.

Bournemouth — 1907.



MANUEL UGARTE

La Hiperbórea

Drama en un acto

Para APOLÓ.

ESCENA II

Las mismas — Cora

El criado — (En la puerta izquierda).

La señorita Cora di Pietro . . .

Irma — Eh? Que pase . . .

(El criado se retira. Entra Cora, joven y hermosa mujer, visitando de paseo.)

Fanny — (Levantándose.) Adelante, señorita . . .

Cora — (A Irma, que está como abstraída en su lectura.) Mi ilustre amiga . . . molesto?

Irma — (Mirándola y dejando caer lentamente el manuscrito sobre la falda.) Ninguna presencia me es más simpática que la suya, mi querida Cora . . . (Se saludan.)

Cora Debo pedir á usted mil perdones por no haber correspondido á su invitación de hoy, para el almuerzo . . . Me fué imposible venir . . . Tenía multitud de cosas á que atender . . . Sentí mucho . . . (sentándose). ¿Qué leía Vd. tan abstractamente?

Irma — (Tendiéndole el manuscrito). Me leía á mí misma... Yo soy mi autora predilecta . . .

Cora — (Hojeando). Ah, es un drama . . . (Leyendo). «Hacia el Abismo» . . . Hermoso título . . . ¿Y piensa usted llevarlo pronto á escena?

Irma — No, por ahora nó . . . Más adelante tal vez . . . Es menester que se produzcan ciertos y determinados acontecimien-

tos . . . En fin . . . Pero, si quiere usted leer algo verdaderamente notable . . . (Buscando en la valija).

Cora — Qué es? Otra obra suya?

Irma — (Entregándole otro manuscrito). Sí, mi gran obra, la verdadera obra de mi vida . . .

Cora — (Leyendo). «Memorias de una Actriz».

Irma — Esa sí . . . pienso publicarla en breve . . . Es una obra originalísima . . . Completamente nueva . . . Sobre todo de una audacia inaudita . . . Causará sensación . . .

Fanny — (Haciendo puntilla). Basta que sea suya, para que las gentes se la arrebaten de las manos . . .

Cora — Ya lo creo . . . Me figuro el éxito extraordinario . . .

Irma — Sí, sin duda . . . (Recostándose, cansadamente, con aire tedioso). Y sin embargo . . . ¿qué es, todo eso . . . ? ¿qué vale . . . ? ¿qué significa? ¿Cree usted que eso pueda llenarme . . . ? ¿Cree usted que eso pueda satisfacer mi necesidad infinita? (Suspirando, con cierto sarcasmo.) Mi necesidad infinita . . . ! Ah, todo es tan mezquino . . . Todo . . . Si al menos pudiera tener alas . . . Alas . . . ! (Pequeña pausa) ¿De qué sirve todo eso, si al cabo, no se puede ser más que una simple mujer . . . ?

Cora — Usted busca lo imposible, Irma . . .

Irma — Lo imposible . . . ! Si, usted lo ha dicho . . . Yo estoy enferma de ese deseo! ¡Ah, por

qué se nos ha dado ese deseo infinito, si nuestra voluntad no puede conquistarlo...!

Cora — (D straida, mirando al rededor.) Pero, cuántas flores...! Se diría que hubieran llovido aquí, esta mañana.

Fanny — Si, verdaderamente, puede decirse que han llovido... Son tantas que no sabemos ya donde meterlas...

Cora — Son las ofrendas á la diosa... al ídolo... (Súbitamente, poniéndose de pie, sorprendida) Ah! ¿está aquí?

Fanny — (Solicita) ¿Quién, señorita?

Cora — (Dominándose, en tono indiferente) No... decía... como vi ahí el sombrero y los guantes de... ese caballero...

Fanny — Del señor Maleschi? Ciento... Los ha olvidado al irse... como habita en el mismo hotel...

Cora — Ah, si?... (Pequeña pausa. De pronto, á *Irma*, con cierto arrebato) Amada *Irma*... confiese usted que... que ese señor Maleschi es su amante!...

Irma — (Sonríe; luego) *Fanny*...

Fanny — Señorita? (*Irma* le hace una seña. *Fanny* vase por la derecha).

ESCENA III

Irma — *Cora*

Irma — ¿Así pues, cree usted que... Gabriel Maleschi es mi amante?

Cora — (De pie) Naturalmente.

Irma — Sea, pues, ya que usted se empeña... (Pausa).

Cora — (Da unos pasos, coge una rosa, va á sentarse al lado de *Irma*, y, lánguidamente, aspirando el perfume de la flor, dice). Hace mucho tiempo que le conoce Vd?...

Irma — (Que la observa, sonriendo malignamente) No... Le conocí hace solo tres meses... en Génova...

Cora — Ah, en Génova... (Pausa) Diga usted *Irma*... sea usted franca... ¿ama usted realmente á ese hombre?...

Irma — (Indolente) Ps!... Es un pobre muchacho... un joven burgués... inteligente... si, culto... muy culto, sin duda... pero... tan inferior á mí... tan... pequeño... Usted comprende...

Cora — Si, comprendo... Usted no puede sentir pasión — por él...

Irma — Gabriel Maleschi es para mí como un niño... Su ingenuidad me encanta... su puerilidad me hace sonreir... Su pequeñez me inspira cierta ternura compasiva... Mi afecto por él tiene algo de piadoso... algo así... casi maternal, me atrevería á decir...

Cora — Su afecto de usted, pues, no es más que una piadosa condescendencia?

Irma — ¿Condescendencia? tal vez... ¿por qué no? Si es tan pequeño...

Cora — Y sin embargo, *Irma*...

Irma — ¿Qué?

Cora — Perdone usted que le diga... Pero, hay en él, algo... que usted no tiene! ¡que usted no tiene! y... que le hace superior á usted!...

Irma — Sí? Y que es ello?

Cora — El corazón, mi ilustre amiga.

Irma — ¡Oh, el corazón...! (Después de mirarla fijamente un instante) ¿Cree usted, pues, que en mi haya muerto deveras el corazón?

Cora — En usted *Irma*, la cabeza ha matado al corazón...

Irma — Comprendo lo que quiere usted decir... Y tal vez...

tal vez la parte intelectual de mi ser se haya desarrollado, agigantado en mí hasta el punto de ahogar al sentimiento... No cabe duda que el intelectualismo puro nos hace descorazonados... y tal vez yo sea...

Cora — Sí, una intelectual pura...

Irma — Quien sabe...

Cora — De todo lo igual, resulta que tiene usted engañado á ese hombre...

Irma — Engañarle? No, por cierto. ¿Cree usted que mi orgullo lo consentiría? Me dejó amar por él... Es cuanto puedo darle... El mismo no se atrevería á exigirme más... El pobre muchacho es tan feliz amándome...

Cora (Levantándose y apartándose) El... *pobre muchacho*, merece ser amado de otra manera...

Irma — (Impasible, sonriendo) Si, como usted le ama, verdad?

Cora — (Volviéndose bruscamente) ¿Qué dice usted?

Irma — Sí, apasionadamente, locamente, como usted le ama... ¿no es cierto?

Sí, sin duda, yo lo reconozco, el *pobre muchacho*, merece ser amado por usted.

Cora — ¡Usted se ha vuelto loca, Irma...!

(Se aparta unos pasos.)

Irma — (Se levanta lentamente, sonriendo, se acerca á Cora y poniéndole las manos en los hombros le dice) Y... ¿desde cuando le ama usted, mi buena Cora...?

Cora — (Con risa falsa). Ah! pero, como se le ha ocurrido á usted semejante cosa? (Se aparta, luego se vuelve, dieiendo con arrogante aire de desafío). Que! ¿Se figura usted que si yo le amara, no hubiera sabido hacerme amar por él?...

Irma — (Sonriendo, con suprema ironía). Hola. ¿Con qué se considera usted capaz de vencerme... de arrebatarme un amante? Hay que confesar que tiene usted una alta idea de si misma (Ríe). Verdad que es usted mucho más hermosa que yo... ¡superior á mí en todos sentidos... y no es difícil suponer que él la hubiese preferido... verdad?

Cora — (Dejándose caer en un asiento, con desmayo, casi próxima á llorar). Ah!, Irma, es usted perversa!...

Irma — (Acercándose á ella y acariciándola) Si, mi pobre Cora, soy perversa... ¡soy un monstruo, mi adorable Cora!... (La besa).

AURELIO DEL HEBRÓN.

Soleil couchant

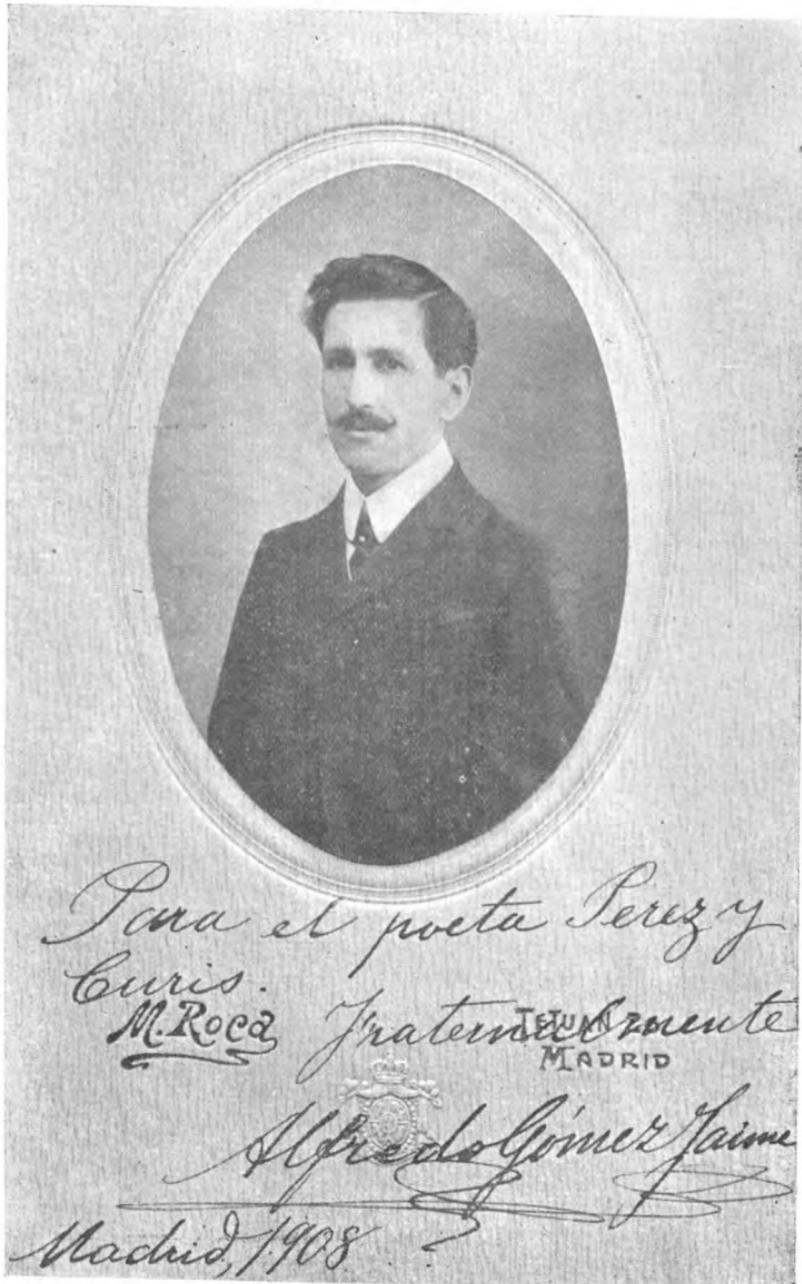
Oh ! mon Dieu, que je suis triste ! ; Oh ! que le ciel est grand ! Va, prends ma vie, beau couchant de rose triste d'améthyste.

An moins si j'étais l'oiseau migrateur, je me noierais, beau couchant de rose triste. vers toi dans le gouffre amer.

An moins si j'étais l'étoile, en toi je brûlerais, ô triste ciel d'améthyste, et je me fondrais !

Hélas ! Je suis sur la terre et j'ai cet amour au cœur. Oh ! mon Dieu, que je suis triste, Occident ! Occident !

PAUL FORT.



Ondas vivas

Para APOLÓ.

Al partir los discípulos en la barca viajera,
contemplaron la playa con un vago temor,
y Jesús apacible, desde el alta ribera,
los miraba alejarse con sonrisa de amor.

Yo seré con vosotros hacia el alba primera
habían dicho los labios del sereno pastor;
y pensaban los rústicos: Ni soñarlo siquiera.
¿Si no existe otra barca, cómo viene el Señor?

Mas cuando ellos perdiéronse tras el límite vago
dejó Cristo la orilla, y avanzó por el lago
sin mojar su sandalia, de lo ignoto á través.

Halló firmes las combas del cristal ondulante,
y sembrando fulgores, como emblema triunfante,
sobre el vivo diamante caminaron sus pies!

* * *

Otra vez, dolorida como trágica sombra,
Magdalena, la hermosa de los rubios cabellos,
quiso ungir del Rabino los pies castos y bellos
con la esencia más rica que en Oriente se nombra.

Y arrojóse á besarlos con ternura que asombra,
los cubrió con sus bucles, enjugólos con ellos;
desatados sus rizos en dorados destellos
como un sol derretido que sirviese de alfombra.

A su tibio contacto se turbó el Nazareno;
en la plácida albura de su rostro sereno.
floreieron las rosas con su sabio decoro;

Y hubo un raro momento de temor y agonía
al sentir el Profeta que su planta se hundía
en las ondas de seda de los bucles de oro!

ALFREDO GÓMEZ JAIME.

Por jardines ajenos

Tristitia Rerum (La tristeza de las cosas)

POR

FRANCISCO VILLAESPESA

Me había apartado de los espíritus fuertes en el alba de una cruel enfermedad.

En lagos de nieblas sembrados de rosas exangües que anunciaran en plena primavera un invierno inexorable, bogaba mi alma pensativa, taciturna, y yo no sé por qué sentimiento abstruso de presentidos dolores y de nostalgias jamás experimentadas, hallaban eco en aquélla los suspiros quejumbrosos de pajarillos implumes arrebatados del nido y expuestos á la intemperie; la queja de la hojarasca arrastrada por el viento en los gimientes crepúsculos otoñales; la tierna melancolía de glorietas hiperbóreas florecidas de crisantemos y rosas amarillentas en las penumbras crepusculares; la plegaria íntima de un ruiseñor extraviado en los albores grises del invierno; la voz débil e insonora de las almas convalecientes que remozara con su exquisita unción el recuerdo de antiguas contemplaciones, y todo aquello que sabe á ocaso y desolación, á invierno y decrepitud.

Compenetrado á tiempo de la angustiosa anormalidad de mi psiquis, en aquella hora de emocionales revelaciones y de caídas inesperadas y transitorias en que mi corazón brotaba flores de sangre como al influjo de una llamarada ígnea las cimas del horizonte, seguí la ruta de mi vida dolorosa salvando todos los escollos que á mi paso silenciaban su presencia, provocativos e inertes á la manera de una momia.

No abandoné la lucha, pues como el tedio de la vida sedentaria me aniquila, tal abandono, saludable para otros, me hubiera sido fatal. Pero me aparté un instante de mis hermanos predilectos, ideólogos de combate cuyo es el lábaro de la libertad, y me embebí en la lectura de los silenciosos y de los tristes, identificando al suyo mi pesimismo.

¡Como que la alegría ya no era en mi corazón!...

Y fué así que cesaron mis apóstrofes, y frases condenatorias no brotaron de mis labios sino para castigar la osadía de nuestros *críticos*, flagelos hechos carne por una ley de odio al talento indiscutible. Yo perdonaba, ó más bien dicho, no denunciaba errores, pero á la *crítica* empedernida le arrojaba el carcaj de mis palabras destruyendo así sus deseos ominosos de desvanecerlo todo: esperanzas é ideales todavía en ciernes.

Musa de combate no fué entonces la mía; fué la dulce contemplativa de todo lo que commueve y suscita diversas sensaciones humanas y vagos estremecimientos de emotividad, como una puesta de sol ó un idilio de pájaros cabe los huertos en flor, en un amanecer primaveral.

Entonces yo medité: Poetas: ¡cómo influye en nuestro amor por las visiones panteísticas el estado de nuestras almas!

¡Eterna meditación!... Las tardes grises y las noches tormentosas ceñidas de vestiglos y espectros por la ausencia de luz astral me deparaban un bienestar inefable. Yo veía en ellas, como en las turbias pupilas de una novia agonizante, la encarnación de mis dolores desnudos, y su tristeza era la harmonía idealizada de mis profundos sentires, la síntesis de mi etopeya doliente dicha por la Naturaleza énlutada para el acto.

Los días de sol, primaverales, llenos de oro y de aromas enervantes que sabían á labios de voluptuosas mujeres; las noches de plenilunio, diáfanas y misteriosas cual una aurora boreal contemplada desde un limbo en tinieblas; una campiña cubierta de flores rozagantes que me ofrecían la gama de sus perfumes en el vaso intangible de la tarde; todo eso, delicioso otrora, parecía hostil, como que era la antítesis de mi recóndito duelo.

Los antiguos paseos matinales por la soledad de los parques, propicios siempre á la meditación sin tregua y al goce único de la quietud interior eran acogidos por mi alma enferma como una costumbre añeja arraigada al ocaso, pero no como un placer divinizado bajo la advocación de la Naturaleza.

Y era que el hastío había anidado en mí después de un vasto silencio y operaba como un factor eficiente de misticismo y misantropía.

Ya en los comienzos de ese ciclo doloroso gusté

esa obra de Francisco Villaespesa: «Tristitia Rerum».

Miré en el alma de este Poeta ecléctico hechó á cantar bajo un pabellón de nieblas en la lira de la tarde y vi en ella sepultadas las angustias de la mía. El vaho sangriento de mis dolores soplabá allí cual un viento de borrasca, exteriorizándose en rimas de fragancias elegianas y languideces definitivas. Era la comunión de nuestras almas afines.

Entonces yo medité: *¡la tristeza de las cosas!* ¡qué honda y misteriosa es! Y ¡qué dulce y bienhechora cuando llega al corazón del poeta que ha de cantarla en horas de recogimiento y de cruel incertidumbre al unisón de la suya que es divina exhalación!

La tristeza es el crisol del espíritu. He ahí por qué el amor á la tristeza hace humano y austero al poeta que la siente.

Supremo gesto de humanidad el de Villaespesa que cuando canta ennoblecé cerebros y corazones, tal es la magna, subyugadora elocuencia de sus palabras de vidente y tan eficaz la magia de sus quereres apasionados y sinceros.

¿Queréis gustar de este Poeta emotivo, mas de una emotividad polifona y delicada, no monorrítmica, como el rumor eviterno y también emotivo de las olas en perenne pugna con las rocas milenarias, queréis gustar — digo — el soplo quintaesenciado de su idealidad y la harmonía intensa de su estro, cual un oasis, uberoso y promisor?

Penetrad, quedo, en el jardín de su espíritu. Pasa por él meciendo suavemente: ora, febles pasionarias; ora, sensitivas frágiles, que son el emblema de un triste y tierno subjetivismo, un aura leve de ese vago misticismo que hay en la urna interior de todo poeta y de todo soñador que ha experimentado á un mismo tiempo sensaciones de placer y de dolor.

«Tristitia Rerum» es un ramillete omnicolor, un haz de olorosas flores, cuya evanescencia, produciéndose al contacto más leve, provoca éxtasis divinos, así como si escapara de un invernáculo y fuese á flotar en el ambiente gris de los paisajes escandinavos.

Idealista por temperamento y rebelde como artista que busca en si mismo, muchas veces, un motivo de dolor para sus concepciones de vida, Villaespesa ha paseado su musa indemne por la cima del Parnaso, lejos, muy lejos del aprisco intelectual donde se reúne el rebaño cada vez más numeroso de los mediocres y rutinarios.

¡Qué elocuencia, qué exquisiteces verbales en el lenguaje de esa musa evocativa y casi siempre taciturna! Su estilo es diáfano como linfa de río; brillantes y discretas son sus imágenes que se suceden con maravilloso ensalmo, y la belleza que se desliza en todas sus poesías concebidas con suma felicidad tiene la gracia serena de una góndola en movimiento.

Y este Poeta, cuya regia prodigalidad no amortigua en vuestras almas ese hondo sentimiento de inclinación hacia sus creaciones, figura en la legión de los actuales innovadores hispanos á cuyo poderoso impulso la estética se ha despojado de su ropaje antiguo, caduco, hecho girones con el tragín cuotidiano de meros versificadores que marchaban en pos de los bardos clásicos sin una idea de independencia artística y exentos del orgullo que caracteriza siempre al poeta de verdad.

Y no es que yo pretenda, al ensalzar el modernismo, rebajar el clasicismo. No soy irreconciliable con las antiguas escuelas aunque reconozco en la poesía moderna una absoluta superioridad de concepto, de vigor y de armonía. Es que la sumisión á los poetas que fueron y ya no serán jamás, implica un gran retroceso. Y el poeta, como artista, como creador de belleza, ha de ser libre para llenar dignamente su cometido. De ahí la diferencia entre poetas y simples versificadores.

Y Villaespesa, en su raudo vuelo de águila, ha sabido, con ejemplar soberbia, sustraerse á los dechados que nos dejaron como sagradas reliquias los dómiques de los antiguos templos apolíneos.

La rigidez de las formas clásicas y el rutinarismo encarnado de los cánones académicos, que campean en los libros de muchos versificadores huérfanos de inspiración y capaces sólo para las cosas prosaicas no harmonizan ni se concilian con su alma libre y solitaria que exhorta á una rebelión artística á los poetas jóvenes de la España contemporánea.

¿Cómo van á harmonizar las gemas de este Poeta con los versos rancios, inarmónicos y hueros del señor Unamuno?

¡Imposible!

• • • • • • • • • • • • • • • • • • •

Há dicho Francisco Acebal que Villaespesa pertenece á esa *nueva generación de poetas que significa*

el renacimiento del idealismo, como una nueva y quintaesenciada forma de romanticismo.

Esa generación representada actualmente en América por los poetas de más indiscutible personalidad ha triunfado en España merced á la labor sobrehumana de Villaespesa, Juan R. Jiménez, Antonio y Manuel Machado, Díez-Canedo, Valle Inclán, Eduardo Marquina, Enrique de Mesa, Isaac Muñoz, Miguel A. Ródenas, G. Martínez Sierra y otros. Prosadores unos, poetas todos, ellos tienen su manera original, su idiosincrasia artística que no ha sufrido el contagio de los demás escritores.

Subjetivos por excelencia, y enamorados de un ritmo armónico y nuevo, esos poetas que unen á su exquisita labor de orfebres su exquisita virtud de sensitivos, jamás traicionan á su alma. Por eso sus versos fluyen límpidos y sonoros, sin esas transiciones ásperas y lamentables que dan muerte á la idea original.

Cuando el poeta llora, aunque sea interiormente, porque ha perdido una esperanza ó porque asiste á la muerte de sus más caros ideales, su musa, á fuer de sincera, no lanza imprecaciones, no agota los vocablos del apóstrofe; llora con él, y con él entona el salmo de la humana melancolía.

Y Villaespesa, en « *Tristitiaæ Rerum* », canta sus estados de alma como el ruiseñor que, al decir de Michelet, *canta para su amor, para su nidada, para el bosque, para si mismo, en fin, que es su más delicado oyente*. El traduce su idealidad en estrofas tiernas y originales; solloza, y sus sollozos se exteriorizan en hemistiquios acadenciados de dolor é inebriados de nostalgia. Su modalidad sellada de un modernismo sumamente personal se destaca en las letras castellanas como un símbolo de la poesía actual y señala nuevos rumbos tendientes á la absoluta emancipación de las formas y á la sutilización de las impresiones psíquicas.

Vosotros, los que habéis amado de corazón siquiera una sola vez y os refugiáis en la soledad, ora implorando olvido; ora añorando la quietud de las horas juveniles, leed « *Horas de Tedio* » y decid con el poeta refractario al eufemismo todo un poema de resignación sintetizado en estos dos versos de « *Occeano* », una de sus más brillantes joyas:

« Todo ha muerto, alma mía...

Otra vez estás sola...

PÉREZ Y CURIS.



PAUL HERVIEU

Frutas maduras

Para APOLÓ.

El cuerpo de las vírgenes, cuando la vez primera
conoce de las manos de su conquistador,
padece, cual si toda la carne le doliera
con dolores novicios bajo del cobertor.

Por eso, aunque la niña de tu soñar te quiera
con alegrías francas y límpido fervor,
procede suavemente, cuando la vez primera
desgranes su preciosa granada de rubor.

Sufre calladamente todo lo que se inicia:
la más deleitadora no es la primer caricia
y el beso más intenso no es el preliminar;

Así cual las redondas manzanas no son buenas
hasta cuando bermejas y maduras y llenas
descienden de las ramas jugosas del pomar.

MORENO ALBA.

Colombia, 1907.

De “Los Parques Abandonados”

A Pérez y Curis, estéticamente.

Para el número especial de Apolo.

«La Viuda»

Bajo la noche — su silueta aguda,
solemnizó — de adusto terciopelo.
Una discreta brumazón de duelo
turbaba sus encantos de viuda...

No sé qué Esfinge interrogante y ruda
nos constreñía á respetar el velo...
Mientras frivolizaba un ritornelo
el surtidor en la heredad desnuda...

Interpretando los silencios crueles,
y el imposible de un amor sin mieles,
— hadas del piano turbador sus palmas,—
hinchóse de solemnes confesiones
la noche y, oh dulzura, — á nuestras almas
se aproximaron las Constelaciones!...

«El Rosario»

Solo la noche y tú, Casto Incensario,
sabían mi odisea pecadora...
Volviendo de una orgía, hacia la aurora,
te ví, la última vez, bajo el sudario...

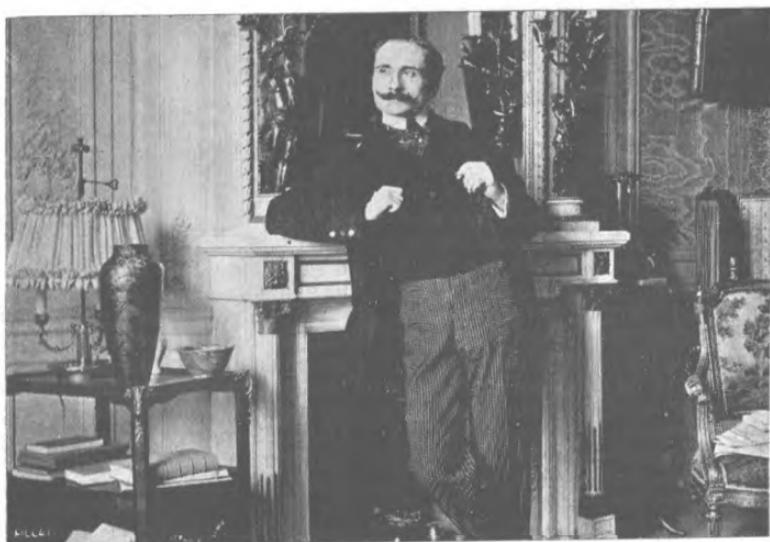
Sé que me amaste, Lirio Visionario,
que, por mi culpa, — enferma y soñadora,
pasabas la vigilia, — hora tras hora —
confiando hacia los astros tu rosario...

Abrazado á la Cruz, pesando aquellas
náufragas horas, desmayé la frente,
— rompiendo, al fin en lúgubres querellas...

Mientras, sobre tu tálamo yacente,
la noche desgranaba, dulcemente,
como un rosario fraternal de estrellas!...

JULIO HERRERA Y REISSIG.

Montevideo, «Torre de los Panoramas».



EDMOND ROSTAND

Para APOLÓ.

Armonía sentimental

Vagaba por la senda de la ilusión.
Era noche y no había ni astros ni flores,
no refan, lloraban los surtidores
mientras el mundo se armonizaba á mi corazón.

Tras el florido marco de su ventana
apareció su faz llena de alegría.
Miré en torno... ¡había rosas de la mañana,
mariposas y aves! ¡Era de día!

Vagaba por la senda de la ilusión,
mientras el mundo se armonizaba á mi corazón.

ILLA MORENO.

Montevideo.

Una debilidad bien perdonable de Luciano Robert

Para APOLÓ.

Caminábamos en silencio, por aquel senderillo del bosque en flor, todo él exuberante al hálito fecundatriz de aquella Primavera pródiga.

Mirta iba delante; yo la seguía á pocos pasos. Bajo nuestras plantas crujían las hojarascas secas y se hundían muellemente los pastizales tiernos. Por entre la espesura del ramaje surgían á trechos algunos claros: trozos de cielo azul; nimbo de luz resplandeciente; chorros ígneos de aquel sol de oro que ahora declinase su ruta. Era una hora propicia. En cada árbol y en cada rama un trino modulaba en mil arpegios la sabia alegría de la Vida que ama.

Durante esta marcha á través del intrincado bosque, Mirta y yo no cambiamos una sola palabra. Esa tarde no nos embargaba la alegría ruidosa de otras veces, cuando haciendo la misma trayectoria, el amor retozara en nuestro corazón y el deseo fulgurase en nuestras miradas. Ahora un silencio rencoroso había ahogado nuestras mutuas expansiones, distanciándonos como á dos amantes en querella. A mi frente, á cuatro pasos, Mirta triscaba en la maleza apartando ramazones y lianas silvestres. Bajo su sombrero aludo, de paja blanca y flexible, una cascada de sus rizos negros ondulaba sobre el marfil ebúrneo de su nuca; á veces su talle sè erguía en movimientos bruscos, otras se distendía en agazapos felinos, en desperezos elásticos como el de una culebra joven. . Aquel símbolo de tentación siempre frente de mí, evocatriz de felicidades otrora saboreadas, ahora me hacían forzosamente daño: trocábase mi enojo en una cólera sórdida y vengativa y, cuando Mirta, obligada por algún accidente del terreno, recogiendo la falda hasta la corva, dejaba ver el nacimiento de su pierna deliciosa y

Al poeta Ovidio Fernández Ríos.

admirable, esta nueva tentación hacía temblar mis manos trémulas y prontas como para el zarpazo, y mis ojos, obsesionados quien sabe por qué remoto atavismo del hombre malo de las cavernas, fijábanse con obsecación estúpida en aquel cuello desnudo, cuya blancura invita á atenazar estrechamente y largamente..

Muy pronto nos internamos, y allí, junto al arroyo, en un pequeño hueco del follaje, los dos nos tumbarmos sobre las hierbas. Era aquél un escondrijo delicioso y feliz; un retiro discreto y perfumado, escogido desde nuestras primeras excusiones por nuestra natural codicia de amantes egoistas ansiosos de soledad... Las acacias, los tamarindos, las plantas trepadoras y los rosales silvestres crecían allí con una exuberancia loca y magnífcente. Era aquello un gran retazo de vegetación prodigiosamente lúbrica, algo así como debió ser aquel rincón del Paraíso bíblico donde papá Adán y mama Eva gustaran por primera vez del vedado árbol...

Pero, esa tarde, que muy graves encillas amorosas agravarán nuestros gestos en un silencio de solemnidad trágica, nuestra estadía en aquel sitio se redujo á una pasividad beatífica y ejemplar. Nada de besos ni de caricias robadas; nada de frases pasionables y de arrumacos tiernos. Yo miraba sin ver aquel paisaje encantador, con una obsecación fija, estúpida, ya casi imbécil, en tanto Mirta, con un rúsico «Jocelin» en sus manos, engol-fábese á mi entender en una lectura tan interminable como enigmática, puesto que en las dos horas que allí permanecimos, creo que sólo dos veces la ví dar vuelta las hojas ..

¿ Pero saben ustedes, mis amigos, que nosotros cuando novios solemos tener mucho de tontos tan di-

vinos como ridículos?... Juro por mi honor y á fuer de hombre honrado, que cualesquiera que esa tarde nos hubiera visto á Mirta y á mí, nos hubiera tomado por una joven pareja burguesa ya en su último cuarto de luna de miel, y por ende inofensivos, graves, de una circunspección ejemplar...

Pero, ¡ta! otra cosa era por dentro! Yo amaba demasiado á aquella muchacha para no saberla reñir cuando esto así fuera preciso... ¡Ustedes saben cuan poderoso es el derecho de la razón cuando en una rincilla de amantes él nos pertenece innegable y por entero?... Bien, aquel día ese derecho me asistía, y, cuando él se juzga poderoso, de raíces hondas y no fútil ó de mal entendido amor propio, crean ustedes que al que no lo hace prevalear ó es un débil ó un consentidor irremediable. Y no son estas frases, alharacas de superioridad varonil sobre la mujer; no, sean para ella nuestras galanterías más exquisitas y nuestra admiración incondicional, pero, recuerden ustedes, mis amigos, que alguien dijo en buen decir que el amor es tirano... y yo agregaré: con la paradoja absurda de que aquel que tiraniza suele á veces no ser el que exige sino el que niega.

La verdad que aquel día, Mirta estaba encantadora. Echada de un costado sobre el musgo; ceñida la falda estrecha á su cuerpo escultural; asomando por entre la ola de encajes blancos de su enagua, sus piececitos diminutos aprisionados en reluciente charol, yo á veces al mirarla así, sentía ímpetus tentadores de trocar mi gravedad en un risueño alborozo, en una idealidad adoradora, y, ebrio de pasión, estrecharla entre mis brazos, su boca en la mía y mis ojos en sus ojos...

Y esta idea acabó por trocárseme en una obsesión, en una lucha íntima de la cual ya me consideraba vencido. La Tentación, el Deseo, el Egoísmo, este gran cinico interior, ó acaso este filósofo sapientísimo, gritaba en mí sus teorías más seductoras y sugerentes. — «Besa-

la, — me decía. — Acaricia su cuerpo joven y bebe en su boca, con su juventud, toda la savia del Amor. Desecha necios enojos. . « La Dicha es corta y la Vida es larga; esto lo digo yo y la vieja Experiencia, podéis creerlo »

¡Qué lucha, mis buenos camaradas! Más de una vez, suspirando, desarmada toda mi voluntad, tenté incorporarme con ansias de correr hacia Mirta, pero, seamos justos, por entonces mi voluntad salió victoriosa, y allá, junto al ribazo, en aquel nido hecho para el Amor y el Ensueño, Mirta y yo continuamos siendo la joven pareja burguesa ya en su último cuarto de luna de miel: los dos dignos, graves, de una circunspección ejemplar...

Cuando abandonamos aquel retiro, la tarde iba á morirse... Al retornar por aquel sendero por el cual habíamos llegado, suspiré nuevamente, pero esta vez con inmenso alivio. ¡Ah, yo ahora iba a vencer, no cabía duda! La mefistofélica tentación no podría esta vez conmigo!... Pero, ¡oh, fatalidad! la angustia se apoderó nuevamente de mí. Y es que la hora era de dura prueba. El paisaje me traicionaba... Juro por mi fe de artista, que nunca jamás he visto un panorama semejante! — Un murmulio prodigioso surgía de la selva somnolenta: era aquello un rozar de élitros, un concurso de átomos, un fermento imperceptible de vida en expansión... Un olor cálido y penetrante de resinas lujuriosas, de polen fecundador, de savia potente, de flores pecaminosas, de tierras almizcladas, de pastos lascivos, se intensificaba en mis sentidos, aguzándolos prodigiosamente. Sombras acechantes, penumbras tentadoras, se hacían á nuestro paso brindándonos lechos entre los árboles inmóviles... Luego, un crepúsculo maravilloso, toda una apoteosis del color y del prisma desplegaba sus galas multicolores allá sobre nuestras cabezas, en pleno cielo: franjas de un suave anaranjado; vetas verdes color de algas marinias y de una transparencia ideal; celajes rosas; manchones fre-

sas; alburas de armiño; ópalos diáfanos; violetas episcopales; pizarras de un tono gris sucio; bermejones arrebolados; ondas de un azul de Turquía; nimbo gloriosos de un oro deslumbrador; oriflamas lacres de un rojo vivo y violento... todo esto surgía y se intensificaba unos instantes, para luego desvanecerse en sutiles cortinados de nieblas, en gasas de vapores tenues, en una llovizna de sombra que esfumaba las distancias ahogando lentamente las lejanías.

Y á medida que los claros se hacían á nuestro paso, el paisaje dilatabase ante nosotros en todo su plenitud. Las tierras de labor se destacaban por sus tonalidades claras; los montes de olivos verdegueaban aquí y acullá deformes manchones oscuros; los álamos, con su varillaje fino, tenían algo de éxtasis y de adoración, como esos santos escultídos de los templos góticos; las parcelas, recién heridas por el arado, mostraban la argamasa lacre y húmeda de su arcilla roja; techumbres y vidrieras de cortijos lejanos resplandecían á la distancia con fulgores de incendio; los caminos tornábanse lilas; entanto una serenidad apacible, una paz augusta y solemne caía desde lo alto, inmovilizándose en el aire y en las cosas . . .

Y nosotros, caminábamos, caminábamos, caminábamos.. La noche comenzó á hacerse; los contornos se esfumaron; la llovizna de sombra espesábase por momentos y, entre aquel valho borroso, miradas de luciérnagas chispearon en mitad de una danza fantasmagórica, como átomos errantes de luz de aquella tarde caduca, como partículas metálicas y volátiles de algún radium raro y maravilloso ..

Mirta, cuya silueta mis ojos iban siguiendo en una obsesión tenaz, detívose bruscamente.

— Has visto? me preguntó — Has visto? — Había en su voz y en su gesto como una imploración, como una súplica, como un ruego, como un reproche hacia tanta impasibilidad... Entonces, me sentí

débil y humano; mis energías cedieron; los últimos puntales de mí voluntad fueron vencidos uno á uno. La Tentación, el Deseo, el Egoísmo, este gran cinico interior ó acaso este gran filósofo sapientísimo, volvió á gritarme sus teorías más seductoras y sugerentes: «Bésala.. Acaricia su cuerpo joven y bebe en su boca, con su juventud, toda la savia del Amor Desecha necios enojos. La Dicha es corta, y la Vida es larga, esto lo digo yo y la vieja Experiencia, podéis creerlo.»

Y fué en una ráfaga de pasión — ¡Oh, Mirta, Mirta, Mirta ! La atrajo violentamente hacia mí; ella se abandonó; nuestras bocas muy juntas cantaron en mil besos gulosos un aleluya de amor y de idealidad suprema — Era noche, la vieja luna al salir nos sorprendió aún en pleno bosque, ambos sobre las hierbas finas y bajo las constelaciones violadas

— Esta, prosiguió Luciano, fué mi más grande debilidad de amante Todavía me remuerde la conciencia aquella falta de voluntad, que, no me cabe duda, precipitó el desenlace de aquel idilio. Sí, creedlo, existen ciertas mujeres demasiado coquetas quienes por idiosincrasia sólo aman de verdad bajo el látigo de una tiranía inflexible y hasta despótica. Yo troqué en besos lo que debió ser aquel día inflexibilidad provechosa .. A la verdad, desde hace un año nunca más he vuelto á ver á Mirta Kuroski .

El pobre muchacho estaba emocionado La voz le temblaba ligeramente; una niebla húmeda le abrillantaba las pupilas ahogando la expresión. Como en esos momentos pasara junto á nuestra mesa un camarero del café, Luciano, con la voz aun alterada, le gritó:

— Mozo, pronto: otro bock !

Y, como aun observara en nosotros el mismo silencio, exclamó:— ¡Qué diablos; vaya! después de todo, aquello fué por cierto una debilidad bien perdonable... Ustedes, mis amigos, bien se darán cuenta...

aquella mujer amada, aquella hora propicia; aquella naturaleza... y, sobre todo aquel crepúsculo!...

¡Oh, sí, aquél crepúsculo!... aquél crepúsculo!...

JUAN PICÓN OLAONDO.

Montevideo, Abril de 1908.

Saudades

Para APolo.

¿Te acuerdas? Susurraban en el piano taciturnas cadencias que gemían, tan dulces, que las teclas parecían, enamoradas de tu blanca mano.

Como el pasaje de una voz divina por no sé qué maravillosa escala, musicando el silencio de la sala, ascendió la armoniosa sonatina.

Suspiraste de amor, y en raudo giro, las notas que el teclado producía, cruzaron el dintel del alma mía, temblando de emoción tras tu suspiro.

Luego cerraste el piano. Desmayada la doliente canción quedó dormida... entornaste los ojos y la vida vagó por el azul de tu mirada.

Sin hablar, muchas cosas nos dijimos... temblaron nuestros labios de pasión, y aquel furtivo beso que nos dimos, fué la nota final de la canción.

JOSÉ VIAÑA.

Madrigal

Para APolo.

Amar, es flotar como la esencia misma de las flores, perfumando la vida y retratiéndose en los limpíos espejos de la gloria, tal como un lucero se retrata en la profunda serenidad de un mar tranquilo, bajo el misterio supremo y caricioso de una noche de plata.

Amar, es darse todo á la dulzura feliz de la inmortal naturaleza, tal como se dan las golondrinas al sol de las mañanas primaverales, y abre los ojos despertando al mundo en la solemne maravilla de sus deslumbramientos la aurora prodigiosa con sus alas orientales y fulgidas, y el vaivén emocionante de sus penachos alucinados, al mágico somatén de sus clarines.

Amar, es entregarse, en el regazo de la quimera olímpica, á las atracciones hondas de la vida selecta, sin interés ninguno, como el canario que gorjea, como el cielo que alegra, como el paisaje que emociona, como la onda que late, como el jardín que perfuma, como la luz que baña todas las cabezas y el mar que arrulla los acantilados melancólicos en la playa remota, sin

interés ninguno de imponer un derecho á la belleza.

Yo amo así las glorias del amor inmortal...

BENJAMÍN DE GARAY,

Buenos Aires, 1908.



VÁSQUEZ YEPES

Epitalamio

A^r poeta Miguel Luis Roquen — Chile.

Oh, mi amada, yo tengo con tu amor un tesoro.
Vale más que un palacio recamado de oro,
De aquellos que Aladino tuvo en tierra fastuosa,
Con su mágica lámpara que fué maravillosa,
Como según nos dicen, con pomposos derroches,
Los fantásticos cuentos de las mil y una noches.
Oh, mi amada, tú eres como esbelta odalisca,
Soberana coqueta de una Alhambra morisca,
Que tiene regias túnicas de sedas ruïdosas
Y duerme coronada de jazmines y rosas.
En la solemne noche de nuestra unión supréma,
De todos tus encantos yo te diré el poema.
Perfumarán el lecho exóticas aromas,
Y habrá el calor muy dulce de un nido de palomas.
Tú oficiarás el rito de blanca pitonisa,
Para que resucite en ti la Mona Lisa.
Y te diré — ¡oh soñada del alma del poeta! —
Nuestro amor es versículo bíblico de un profeta.
Tu cuerpo es albo cáliz de una flor prodigiosa,
Que treme al ritmo de una caricia voluptuosa.
Tus ojos iluminan como grandes hogueras,
Sobre las negras noches de tus hondas ojeras.
Los exquisitos besos de tus labios divinos,
Riman como sonoros versos alejandrinos.
Delicada acuarela del país de la nieve,
Sobre seda muy blanca, es tu seno tan leve.
Es tu boquita — fuego de diminuta fragua —
Como el pico de un pájaro azul de Nicaragua.
Y tu voz, es el alma de la tierna harmonía
De violines de plata y cristales de Hungria!...
¡Oh., mi amada, yo tengo con tu amor un tesoro.
Y te ofrezco por cambio mi madrigal de oro;
Y en la solemne noche, te cantaré el poema
De todos los encantos de tu belleza en gema!

OVIDIO FERNÁNDEZ Rfos.

Montevideo.

Bellas Artes

Ampliando nuestra sección artística ofrecemos hoy a los lectores de APOLO algunas copias de los principales cuadros de Joshua Reynolds, el célebre pintor inglés, acompañados de un juicio sintético, original de Ernesto Chesneau.

En números sucesivos nos ocuparemos de otros geniales cultivadores de las artes plásticas.

(N. de la R.)

Reynolds posee el secreto de todas las distinciones y gracias

ter eterno, el del arte. La castidad de las madres, el candor y también el secreto ardor de las



J. REYNOLDS

de la mujer y del niño. Traslada al lienzo con asombrosa facilidad los caprichos más fugitivos de la moda, y sabe darles el carác-

vírgenes, los asombros, la sencillez, la picardía del niño, y sus carnes apretadas y sonrosadas: ha sabido apoderarse del encan-

to de todo esto y expresar su perfume. Lo mismo del hombre. Habitualmente lo elige joven, esbelto, siempre de elevada raza, sin desmentir su renombre de perfección aristocrática y de alta elegancia. Todos sus personajes están presentados en la vida activa, de ningún modo inmóviles, prosiguiendo el gesto interrumpido por la llegada del pintor. Véase el admirable retrato de lord Heathfield (núm. 3.^o de la National Gallery). Lord Heathfield, entonces lord Elliot, de gran uniforme de teniente general, está en pie, con la cabeza descubierta en medio de la niebla del combate, teniendo entre sus manos la pesada llave de la fortaleza de Gibraltar, que se percibe en el fondo del cuadro. Es una alusión á la célebre defensa (1779-83), cuyo héroe fué él. La aptitud del General, firme como una roca, y el accesorio de la llave, tan felizmente hallado: he aquí los rasgos de genio que caracterizan al personaje. Ahi está el secreto del interés duradero de tantas obras que no son más que retratos.

Pero ¡qué retratos! ¿Y á cuál dirigirse preferentemente? ¿Cuál más bien que otro alguno, fijará nuestra atención? ¿Es el joven y noble marqués de Hastings, tan propio con su uniforme rojo, la espada al costado, el dedo en los labios, en aptitud de vaga meditación, de cierta indecisión que va á cesar, volviéndolo á la acción? ¿Es aquella niña asustada, ó aquella obra (*la Edad de la inocencia*), dejando transcurrir su vida inmóvil en el seno de la naturaleza protectora? Es la princesita *Sofía Matilde*, revolcándose con un perro sobre el césped de un parque? ¿No será más bien la bella duquesa de De-

vonshire, luchando contra los ataques de su hija, medio desnuda, levantando sobre su madre una mano que va á deshacer la armonía del peinado de ésta? ¿O la actriz Kitty Fischer, de Cleopatra, con los ojos lánguidos, la nariz remangada y los labios amorosos, depositando, con un gesto lleno de adorable coquetería, una perla en una copa cincelada, demasiado pesada para su mano? ¿O Mile. Robinsón, la actriz de Covent-Garden, de la cual estuvo perdidamente enamorado el príncipe de Gales, hijo de Jorge III y de la reina Carlota? ¿O la trágica mistress Siddons?

¡Cuánta vida y cuánto atractivo hay en la composición que representa á lady C. Spencer en traje de amazona, con vestido y corpiño rojos, chaleco blanco bordado de oro y grana, con la cabeza viva, graciosa y resuelta, el rostro animado por la carrera, los ojos muy abiertos y llenos de fuego, los cabellos á media melena y desordenados, cual los de un muchacho, acariciando con su mano enguantada la frente de un caballo que se deslizaba poco ha entre los árboles del bosque, donde la noble joven hace alto un instante! No se sabe realmente, entre todos estos retratos de mujeres, cuál es el mejor.

Sin embargo, lo es el de Nelly O'Brien, que todavía no hemos citado.

Existen otras composiciones de Reynolds, como *El desterrado*, figura dramática, una *Sacra Familia*, sin elevación; no hay en la obra del artista nada comparable, en nuestro entender, á esa asombrosa figura. En ella Reynolds llega sin duda alguna á la altura de los maestros; y aunque sólo hubiera ejecutado



LADY WALDEGRAVE

esta obra, su nombre figuraría necesariamente entre los que no se deben olvidar.

Desde el punto de vista de la ejecución, no hay en este lienzo defecto alguno; lejos de eso, el artista ha casado, matizado y hecho valer alternativamente los blancos, las tintas negras y los tonos rojos de que únicamente se compone su cuadro, con una ciencia consumada. Advertiremos de paso que Reynolds evita en sus pinturas la aglomeración de muchos colores; tres ó cuatro tonos le bastan, y á menudo menos, indefinidamente rotos y variados; profesa particular afecto al rojo, pero en el retrato de Nelly ha sacrificado este su predilecto color.

¿Quién es esa Nelly O'Brien? No lo sabemos seguramente; una actriz, alguna despiadada consumidora de oro y de

salud. Pero aquí la cuestión es secundaria. Nelly es como la *Monna Lisa* de Leonardo de Vinci. Tal vez haya existido, tal vez no, lo cual es indiferente, pues desde que el artista la pintó, existe por su poder, siendo un tipo eterno. Puede comparársela con la *Joconde*, no para establecer comparación entre las dos obras, que nada de común tienen en la práctica, sino porque la creación del pintor inglés es tan enigmática, tan commovedora como la del más profundo de los maestros italianos.

Nelly O'Brien sólo tiene de la *Monna Lisa* la sonrisa de esfinge, sonrisa indescifrable, dulcemente burlona, de seducción tan irresistible, que todos los copistas y grabadores han sido impotentes para traducirla. Pero ni tiene la misma serenidad altiva, indiferente, discreta, ni es



EDAD DE LA INOCENCIA



KITTY FISCHER

el mismo tipo. La italiana, la mujer del Mediodía, de sangre hirviente, no se eleva tan alto al parecer, ni domina sinceramente el deseo, en la obra de Leonardo, más que por una especie de secreta impotencia de la carne. Esta admirable belleza es necesariamente infalible, ó, si se somete, es en la plenitud de su voluntad y de su razón, que no la abandonarían ni aún en la breve duración de un suspiro. Y, sin embargo, es mujer; su mirada es la de la mujer que sabe demasiado. La otra, la hija del Norte, de carnes nacaradas y transparentes, bajo la deslumbradora nieve de su pecho siente los impetuosos latidos de su corazón; sus ojos penetran con un ardor sutil hasta el alma de quien cruza su mirada con la de ella; es el deseo. Pero la frente es pura; todo permanece igno-

rado en esta niña. Es un mármol sin mancha; es Galatea en el momento que Pygmalion va á dar la última cincelada.

¡Cuánto más sensual es esta figura, castamente vestida, que las muchachas de faldas remangadas que pueblan los cuadros de Hogarth! Esta obra maestra de Reynolds, que es su más hermoso título de gloria, no podía nacer sino del pincel de un artista que había visto y estudiado, tanto en el Norte como en el Mediodía, las sublimes realizaciones de los maestros en cada una de las regiones donde el genio del arte ha posado su planta divina. Todo en esta admirable pintura pertenece á Reynolds, ó más bien, éste ha hecho suyos entonces los elementos tomados en sus viajes á Leonardo de Vinci, Corregio, Velázquez y Rembrandt.

ERNESTO CHESNEAU.



LADY COCKBURN Y SUS HIJOS

La musa del amor y del combate

Ecos sentimentales

Cuando en la calma nocturna, el eco
De la hojarasca se deslizó,
Místico y vago como el motivo
De mi perenne desolación,
Hubo en el ritmo de mis congojas
Algo hondo y flóbil . . . era tu voz:
Gama sonora que se estremeció
Y harapos hace mi corazón.

Y fué alconjuro de tus palabras
Que florecieron, á mi pesar,
En mi cerebro las cuitas todas
De mi pasado de tempestad.
¿ Volvió aquel tiempo que me querías
Y silenciabas tu inquieto afán?
Yo no sé. Acaso tu voz de alondra
Tornó mi námen sentimentoal.

. . . Ciñó mi brazo tu cuello en donde
Tu cabellera forma un cairel;
Miré tus ojos cíneos y castos . . .
¡ Ningún reproche, ningún desdén!
Miré tus labios que fueron mios
En los albores del tiempo aquel,
Y la plegaria de mis tristezas
A tus arcanos entonces fué.

Busqué, tremante, tu boca; y ella,
Cual otras veces vino hacia mí;
Me interrogaste: ¿ me quieres mucho?
Sondé en tu alma ¡ Ningún desliz!
Hallé en tu boca la pura esencia
De los claveles de tu jardín,
Y sufri como si hubieras dicho:
¡ Yo ya no tengo piedad de tí!

Cayó en tu mano mi mano trémula,
Abandonada, como al azar;

Miré tu rostro florido en gestos . . .
¡ Ningún resabio de flor del mal!
Y fuí al Nirvana de tus caricias,
Inanimado, sin frases ya,
Bajo la sombra que proyectaban
Los encalitos de aquel lugar.

Fué como un sueño. Volvi los ojos
Al cielo siempre diáfano, azul;
El horizonte sereno estaba;
Snavé, la noche, como eres tú.
Miré las aguas yertas de un lago,
Que parecían un verde tul;
Todo era en ellas, igual en mi espíritu,
Sombra y silencio. ¡ Ninguna luz!

Luego un lejano claro de luna,
Discreto asilo
De nuestros besos ardientes fué.
Miraste el bajo sitial de pino
Que abandonanamos; volviste á él
El alma en lloros, amada mía.
Y hubo en tus labios de rosicler
Un insonable rietus humano,
Humano y triste como un eiprés.

Y en tus ojuelos que yo miraba . . .
¡ Ningún reproche, ningún desdén!

Después tornamos á la avenida
En euya vera se deshojó
De mi alba y frágil adolescencia
Rica de ensueños la última flor.
Como un relámpago cruzaba el éter;
E iba una égloga llegando á nos,
Debilitada por el isócrono
Eco sin alma de un surtidor.

A un paniaguado

Ferviente turiferario
De la burocracia impia;
Yo te presento en la vía
Dolorosa del calvario,

Tal un fosco presidario
Que mientras su falta expía
Ve en su pasado la orgía
De un espíritu nefario.

Tu Dios real es el Oro...
Tú rezas en su sagrario
Cada oración que es un lloro.

¿ Qué implora tu hipocresía,
Si desmayas de la orgía
De tu corazón nefario?

PÉREZ Y CURÍS.

La expiación de tu crimen

Para APOLO.

Por la herida profunda que tu mano alevosa
abrió traidoramente sobre mi pecho, ingrata,
ha brotado una extraña floración venenosa
más trágica y sangrienta que tu boca escarlata.

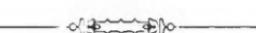
No pienses que en mi duelo una idea rencorosa
pueda turbar tu calma, tu crimen lo delata
la doble ojera lila que en tu cara mimosa,
va agrandando el insomnio terrible que te mata.

La expiación de tu crimen será el rudo tormento
que hallarás cuando miren tus ojos otros ojos
que no han de ser los míos, y tu labio sediento

abrevo en otro labio, el licor que otras veces
apuré con delirio en los cálices rojos
de tu pérvida boca sin dejar ni las heces . . .

JUAN SERRANO.

Caracas.



La musa del prisionero

Para APOLO.

Mi vino

En vaso etrusco derramo
Yo mi vino de Falerno,
Y le repito mi eterno:
«Yo te amo, yo te amo.»

Ven! Acude á mi reclamo
De la vid, oh! jugo tierno,
Y en mí calma el sempiterno
Afán con que yo te llamo.

Hoy y después, como antes,
Sean las rubias bacantes
Quienes me den goce eterno;
A Baco mi Dios proclamo.
¡En vaso etrusco derramo
Yo mi vino de Falerno!

Ensueño

Luz de mis noches hieráticas
Fija en mí son las preciosas
Turquesas azul-verdosas
De unas pupilas simpáticas.

En mi sueño siento erráticas,
Como blancas mariposas,
Que me palpan caricias
Dos manos aristocráticas.

Oh! musmé voluptuosa,
Crisantemo nieve rosa
Del exótico Nipón,
Cuyo aroma es mi delicia:
El palpar que me acaricia
Y esas manos, tuyas son!

ADRIANO M. AGUIAR.



Para el notable poeta Pérez y Curiz.
desde mi Areadia tropical
disimaco Chararria

Las danzas guerreras

Asunto indígena

Para «APOLÓ».

Axopil, el flechero más temible y robusto
que conociera el campo y el sol de Nicaragua,
ve llegar á diez indios con lanzas, en piragua,
y se adelanta á ellos con ademán adusto.

Nimá-Quiché su padre — cacique ya vetusto —
levanta su penacho que arroja brillos de agua
al argentarlo el Astro — Jehová del indio Nahua,
y aquel varón ostenta la desnudez del busto.

Con los rostros manchados de añiles y betunes,
se acerca con sus armas el grupo de Mosquitos
y con salvajes gritas entrégase á las danzas.

Resuenan atabales y pífanos y tunes
y al prolongar los bosques las músicas y gritos
el sol tiñe de sangre la punta de las lanzas.

LISÍMACO CHAVARRÍA.

San José de Costa Rica.

La tarde se adormece en los rosales

Para APOLO.

La tarde se adormece en los rosales,
en la tímida luz vuelan ensueños;
ven mi amada y unidos enal entonces,
repitamos el dulce ritorno
que me enseñó la gama de tus labios
en suaves notas de tu ardiente beso.

Yo sé de tus caricias la tristeza,
yo sé de tus pupilas el misterio;
yo he leído en el rictus de tus labios
el profundo gemir de los silencios
y en la inmensa obsidiana de tus ojos,
los gritos de la carne y del deseo.

Tras la sombra gentil de tus ojeras,
se oculta la canción de los recuerdos;
ella deja escuchar el murmullo
cuando á solas te aduermes en tu lecho.
¿No te ha dicho ella, acauso, que yo sufro
desque no puedo repetir sus versos?
En ese cuerpo de impoluta virgen,
hay tesoros de místicos anhelos
que viertes por doquier cuando me miras

y que hasta Dios ascienden con tu rezo:
de tu virginidad en la erisálida,
una lucha eriel rompe tus nervios.
¿El sueumbo ha de ser tu desventura?
No debes sueumbir, yo no lo quiero;
mas yo sé que tú anhelas enseñarme
lo que hasta hoy ha sido tu secreto,
y que aprenda hieráticas palabras
que sólo sabe tu desnudo cuerpo.

Nada te resta de tu lucha, nada;
rendida al fin, posteráras el tedio.
Si te hirieron los hijos de los hombres
¿por qué has de respetarlos que te hirieron?
si tu Dios y mi Dios no nos bendice
¿no sabrá perdonar, siendo El tan bueno?

Ven mi amada y unidos enal entonces,
repitamos el dulce ritorno
que me enseñó la gama de tus labios
en suaves notas de tu ardiente beso.
Olvida tu tristeza; oh tristeza!
¡Oh negro abismo de tus ojos negros . . . !

VÁSQUEZ YEPES.

Anadyomene

Para APOLO.

Nua, de pé, na concha naearina,
Sob a marmoreia alvura das luares,
Algida e branca, dominando os mares,
Surge da espuma á perola divina

De claras tintas, rutilas, solares,
Helias as ondas glancas illumina.
Das sereias a querula surdina
Repercute — se modula nas ares.

Arias sagradas soam de tal forma,
Que, a doce orquestra das equoreas threnas,
Num neptunalio carme se transforma.

E Zeus consagra em canticas serenas
A beleza symbolica da Fórmia,
Na perfeição olympica de Venus!

MARTÍNS FONTES.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

Epítome da Guerra entre o Brasil e as Provincias Unidas do Río da Prata, POR ALCIDES CRUZ. CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD LIBRE DE DERECHO DE PORTO ALEGRE. — Es un boceto histórico de la época del Imperio del Brasil durante la independencia del Uruguay. El autor, con admirable imparcialidad y con criterio sereno, hace un estudio de la situación política y social del Imperio en la época en que se declaró la revolución oriental, los preliminares de ésta, sus causas, el grito de libertad de los 33; esboza con notable acierto las figuras más descollantes de la Independencia: Artigas, Rivera y Lavalleja; describe las batallas del Rincón de las Gallinas, la famosa carga de Sarandí y sigue la marcha de su estudio hasta la dimisión del Capitán General Lecor, 1826. En varios de sus pasajes hace cita de los autores uruguayos Orestes Araújo y Luis C. Bollo. Está escrito con estilo elevado en el florido idioma de Camões y Guerra Junqueiro.

Agradecemos el envío.

Cantos de Juventud, POR ANGEL DÍAZ DE MEDINA. - BUENOS AIRES. — Hemos recibido este volumen de poesías, lujosa y esmeradamente Impreso por la imprenta Fragant — Buenos Aires. El autor ha sabido con bello ritmo y noble inspiración cantar á todas las manifestaciones del alma; á todos los ensueños y locuras de la juventud; á todos los sufrimientos y desengaños .. á toda esa ligera vida de pasión y de dolor. Hay en sus estrofas gestos de rebeldía, de exaltaciones y de viriles anatemas contra una sociedad enferma. Es un amador de su patria, lo que hace que ella sea motivo de muchos de sus cantos. La lira boliviana cuenta desde ya con un nuevo poeta de valor y de inspiración.

Oropzies, POR EDUARDO J. CORREA, — AGUASCALIENTES (MÉXICO). — Acusamos recibo do este libro de poesías. Agradecemos el envío y felicitamos cariñosamente á su autor que revela poseer un alma selecta y temperamento de artista. Sus versos son correctos y armoniosos, predominando en ellos la nota sentimental. Domina con facilidad el soneto, pero, sin apartarse del molde clásico. En resumen: un buen conjunto de poesías, hijas de una musa buena y sincera.

La caída de la mujer, POR AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA. — G. PUEYO, EDITOR. — MADRID. Este libro prologado por el vigoroso novelista Felipe Trigo, encierra un cúmulo de finas observaciones Martínez Olmedilla maneja el cuento de una manera admirable, y tanto el estilo como la esencia misma de la obra, dejan en el ánimo la humana impresión de los cambiantes de la vida. Martínez Olmedilla es un psicólogo, y un psicólogo sutil. Ahí están «Noches Andaluzas» y «Una de tantas» que lo demuestran evidentemente. El verismo de este libro, fuerte y audaz, sólo es comparable al de las obras de Eduardo Zamacois y de Felipe Trigo. Ninguna exageración en los detalles, antes bien: una pintura exacta de las visiones oculares del novelador que ha logrado, gracias á la variedad de sus modos de expresión, sugerir al lector una idea amplia y concreta de las realidades de la vida.

Agradecemos el envío.

CANJE ORDINARIO

«Caras y Caretas», Buenos Aires; «El Cojo Ilustrado», Caracas; «Elitros», Maracaibo (Venezuela); «Letras», Habana; «Trofeos», Bogotá; «Mes Literario», Coro (Venezuela); «Proshelios», Maracaibo (Venezuela); «Páginas Ilustradas», San José de Costa Rica; «Tepic Lliterario», Tepic (Méjico); «Revista Latina», Madrid; «Zig-Zag», Santiago de Chile; «Pedagogía y Letras», Guayaquil; «Germen», Buenos Aires; «Natura», Montevideo; «Nuevos Ritos», Panamá; «Revista de Guadalajara», Guadalajara (Méjico); «Alma Joven», Managua, (Nicaragua); «El Alba», León (Nicaragua); «Nueva Vida», San Salvador; «Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria», Quito.

NUEVO CANJE

AZUL. — ZARAGOZA ESPAÑA — Acusamos recibo del número 2 de esta selecta revista de arte y literatura que dirige el señor Eduardo de Ory. Trae excelente material de lectura y algunos hermosos fotografiados.

Proshelios. — MARACAIBO (VENEZUELA). — El número 2 de esta exquisita publicación venezolana ha llegado á nuestra mesa de redacción. Rubran sus colaboraciones escritores ya consagrados en el norte de América, y su Junta redactora está compuesta por los señores: Eliseo López, Jorge Schmidtke, Ismael Urdaneta, G. A. Cohen y J. A. Butron Olivares, director éste de la revista.

Con ambas revistas establecemos el canje.

NOTAS

Los autores así como las casas editoras tanto nacionales como extranjeras que deseen un juicio breve en las *Bibliográficas*, es menester que envíen á la redacción de APOLÓ DOS EJEMPLARES de las obras que publiquen.

Sólo así verteremos opiniones, de las cuales nos hacemos responsables.

A los intelectuales y centros literarios del exterior que nos solicitan continuamente las obras de Pérez y Curis, les hacemos saber que ellas están agotadas. En breve aparecerá la segunda edición de «Rosa Ignea» y á fines del año corriente una colección de poesías, recopiladas algunas, otras inéditas, precedidas del poemita «Alma de Idilio», título general de la obra.

Todas aquellas publicaciones americanas y europeas que deseen establecer *Canje* regular con APOLÓ, serán satisfechas á vuelta de correo. Basta para que éste quede iniciado, con que se nos envíe un ejemplar de la revista interesada.

CONCURSO DE POESÍA

En su próximo número la «Revista Latina» de Madrid; publicará las bases de un concurso de libros de versos, al cual pueden concurrir todos los poetas españoles é hispano-americanos. El jurado está compuesto por los señores: Julio Flórez, Amado Nervo, José S. Chocano y Alfredo Gómez Jaime (Americanos) y Eduardo Marquina, Manuel Machado, Juan R. Jiménez y Francisco Villaespesa (Españoles).

Librería y Papelería LA AURORA

DE
EMILIO A. OSORIO

Artículos de escritorio, postales

Impresiones de todas clases, libros etc.

Avenida Gral. Rondeau, 251

MONTEVIDEO

Colegio Internacional

FUNDADO EN 1875

Director: J. TOUYA

CALLE URUGUAY, 62

MO TEVIDEO

Se admiten jóvenes que cursen sus estudios en la Universidad, ofreciéndoles el Establecimiento las mismas comodidades que á los alumnos internos - - - - -

El idioma oficial del Colegio, es el francés

Por programas, reglamentos y demás datos, dirigirse á la Dirección del Establecimiento - - - - -

Talleres de -
Fotografía y -
Fotograbados

DE

FILLAT Y C.ª

CALLE
CONVENCIÓN, 152
(ALTOS)

Entre 18 de Julio y Colonia

TELÉFONO:
COOPERATIVA 719

Farmacia - Barabino -

- - Avenida - -
18 de Julio, 328

- - Teléfono: - -
las dos Compañías

MONTEVIDEO

Productos químicos — Especialidades Farmacéuticas — Aguas Minerales — Perfumerías — Medicamentos antisépticos — Preparaciones esterilizadas * * * * *

Zapatería



Gran Casa Rossi



389,
18 de Julio